



vale todavía más, por un constante ejemplo, la ruta que deben recorrer.

Que el presente las desconozca ó reniegue; que las depriman y calumnien; que las haga apurar hasta las heces el cáliz de todas las amarguras; que las condenen, en fin, á irrevocable pérdida, ¿qué importa? La verdad no capitula con la impostura, ni la justicia con la iniquidad, ni la honradez con el crapulismo, — una conciencia tranquila y satisfecha, un nombre exento de toda mancha y de todo reproche, valen mil veces más que los homenajes y las ovaciones de una multitud extraviada ó corrompida. Mentiste, Bruto, mentiste; no, la virtud no es un nombre vano, por más que cayera vencida con Catón en Útica y contigo y tus ilustres compañeros en los ingratos campos de Filippios: es, sí, una corona de espinas para el que la practica en días de oprobio, y una divinidad ávida de sacrificios para el que la proclama y predica á la faz de una sociedad descreída; pero la virtud que pide un salario, no es la virtud, sino el cálculo bajo otro nombre.

Monstruos de orgullo! dirían muchos. «Monstruos de orgullo, sí, contestaría yo con un contemporáneo; pero valía la más gigantesca á que pueda alcanzar el sér humano; y tanto, que la más bella nota de los líricos es el apoteosis de los obstinados. . . *Iustum et tenacem*, cantaba Horacio; y en cuanto al *Paraiso perdido*, su héroe no es Satán, bien que este arcángel tenga un aire por demás arrogante; es, sí, el poeta mismo: es Milton, viejo, pobre, ciego; Milton, cuyas últimas miradas han visto caer la República, Milton, fulminado, en fin, por los acontecimientos, pero inflexible como todo un Pandemónium.»

Dios omnipotente! danos unos cuantos Milton, aunque sean como él pobres, viejos y ciegos, con tal que no vean caer la República, y aunque como él sean renegados ó desconocidos por los hombres de su tiempo. Sí, danos, Señor, unos cuantos Milton, y no seré yo quien desespere del porvenir de mi país. . . .

PEDRO BUSTAMANTE.

Febrero, 1876.

## DE PEDRO PABLO FIGUEROA

Santiago, abril 25 de 1896.

Señor D. Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido señor y amigo:

He tenido la satisfacción de recibir su estimable y afectuosa carta de fecha 15 del corriente, y me siento conmovido ante sus conceptos tan delicados como bondadosos.

Se digna V. obsequiarme con algunos números de la REVISTA NACIONAL, que V. dirige con otros distinguidos jóvenes escritores de su país, y pedime un artículo mío para tan elegante como ilustrado periódico.

Agradezco el valioso presente literario y estimo altamente honroso el concepto que le merezco.

Para corresponder á su amabilidad exquisita, tengo el gusto de enviarle mi libro *Prosistas y Poetas de América Moderna* y un rápido bosquejo de la vida literaria del colorista cubano Manuel de la Cruz.

Por el momento no tengo otra manera de significarle mi complacencia en atender su amistosa y fraternal solicitud.

Ya se presentará la ocasión en que me sea dado expresarle de modo más elocuente mi voluntad para servirle.

La REVISTA NACIONAL me era conocida, merced á la benévola cortesía del digno amigo y literato don Norberto Estrada, autor galano entre la juventud oriental.

Me había regocijado con su lectura, admirando la bizarría del ingenio juvenil de la generación contemporánea del Uruguay. ¿Desearía V. conocer un juicio mío sobre ese periódico?

Con toda franqueza y lealtad debo decirle que no es tarea sencilla juzgar una revista donde el ingenio se multiplica y se reproduce en producciones colectivas, por lo general de diversa índole, y de ideales, á las veces, adversos.

Un periódico es el resultado de los esfuerzos de muchas inteligencias, y en rara ocasión refleja el espíritu de la época.

Ejemplo concluyente presenta *La Revista de Ambos Mundos* en Francia y *La España Moderna* en Madrid.

Mientras la primera luce las concepciones del talento galo de los escritores de los credos literarios de París, la última se nutre con la savia del ingenio eslavo y del latino francés, sin que el pensamiento español tenga en ella un espejo de su pujanza.

La REVISTA NACIONAL tiene, en mi concepto, un carácter verdaderamente cosmopolita, en el sentido universal de la literatura, pero refleja el temperamento americano en el propósito de reunir á todos los literatos del continente en sus columnas, á la vez que se peculiariza en el espíritu de la patria por las tendencias nacionales de sus escritores criollos. Es un periódico que representa con brillo y magnífico caudal de producción la literatura uruguaya.

Enaltece la cultura de la juventud oriental esta publicación, que le sirve de bandera.

Lo que más me agrada en ella es el espíritu de independencia que caracteriza el criterio y los escritos de sus ilustrados colaboradores.

Por lo que respecta á sus redactores, debo declarar, en honor de la verdad, que manifiestan una consagración admirable al estudio y al trabajo, lo que prueba fe en el ideal y energía en la labor del pensamiento.

Ambas cualidades auguran un éxito seguro en la prosecución artística, y atestiguan un fin inquebrantable de progreso para ese país. Esta es mi opinión tranquila y justiciera, sin emulación ni cortesía para nadie.

Digo todo mi pensamiento con la llaneza de la ingenuidad.

Si pudiera creerse que obedezco á un sentimiento de americanismo, se me juzgaría mal, porque desde hace algunos años que frecuento el periodismo del Uruguay, alcanzando siempre el aprecio de pensadores

como Magariños Cervantes y Alberto Palomeque, jamás he dado motivo para que se dude de mi buena fe.

En lo único que se me podría tachar de parcial sería en el noble afecto con que he estimado toda mi vida á los ingenios de esa Arcadia intelectual del Plata. He admirado sus literatos más esclarecidos, como Juan Carlos Gómez, Alejandro Magariños Cervantes, Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo Díaz, Alberto Palomeque, como á su juventud ilustradísima, sin exagerar sus méritos y reconociéndole sus cualidades propias.

Recuerdo, como una de las más honrosas páginas de mi vida literaria, las campañas periodísticas que he sostenido, como jornadas gloriosas, en los diarios *La Opinión Pública*, *La Tribuna Popular*, *La Razón*, y en los periódicos *El Plata Ilustrado* y *La Ilustración del Plata*, al lado de amigos y literatos como Enrique Kubly, J. L. Antuña, Palomeque, Daniel Muñoz, Magariños Cervantes, Víctor Arreguine, Sánchez, Acevedo Díaz y tantos más tan preclaros en su patria como en América.

Juzgando, cierta vez, la *Historia del Uruguay* de Víctor Arreguine, opiné, de modo altivo y franco, sobre el caudillo Artigas.

Un literato argentino me dirigió una censura intransigente por mi concepto de admiración hacia la pintura que el escritor oriental hacía del héroe uruguayo.

Yo había sido justiciero, y sostuve mi opinión con entereza, con la misma energía que si se hubiese tratado de una personalidad representativa de mi patria.

Es así como he revelado mis sentimientos de fraternidad á los poetas y á los ingenios americanos.

Animado de este propósito de justicia, vengo trabajando, desde algún tiempo, en un libro sobre *El Plata Ilustrado*, en el que me propongo describir los esfuerzos del pensamiento argentino y oriental en las letras, á contar de la época del Deán Funes y de Rivera Indarte, relatando los episodios de la epopeya de la independencia, del sitio de Montevideo y de la sangrienta dominación del tirano argentino.

Así como un día los ingenios argentinos y orientales se vincularon en la idea de la redención de la patria, del mismo modo deseo unirlos en mi libro enlazados por el ideal.

La página más gloriosa de Mármol y de Mitre está en el sitio de Montevideo; y el martirio del periodista Florencio Varela, en la puerta de la imprenta del *Comercio del Plata*, sacrificado por los sicarios de Rosas, es un episodio que, con letras de sangre, está diciendo el infortunio de la patria.

Periodistas como Juan Carlos Gómez se refugiaron en mi país, asociando su vida á nuestros adelantos, y en el diarismo ilustraron la generación que se educó en sus enseñanzas.

Estos lazos de la raza y la mutualidad de instituciones me han vinculado á los sentimientos de americanismo con que me honro en estar ligado á las letras y á la juventud del Uruguay.

Quiera V. ver en esta carta la expresión de estas aspiraciones de fraternidad.

Con mis votos por la prosperidad de la REVISTA, me ofrezco su más decidido servidor y amigo,

PEDRO PABLO FIGUEROA.

S/c. Avenida de la Capital, núm. 92.

## HUMORADAS

La intensidad del agradecimiento en la mujer se mide más por las simpatías que inspira el protector, que por la importancia del beneficio.

El agradecimiento más intenso, que es aquel con el cual la mujer inicia los amores que deciden de su suerte, tiene por causa el obsequio más insignificante ó la atención más frívola de su galanteador.

La mujer en el período de su primer amor no agradece directamente aunque le salven la vida.

Encarga á su amante que agradezca, si lo tiene á bien.

La felicidad no se realiza sin mantener cierta etiqueta en la intimidad.

Un artista de vocación no produce para obtener aplausos de las multitudes, que es aspiración de mediocridades: trabaja para agradar al sér que mortifica sus enauñios.

El artista viejo pero de verdadero genio, sólo produce para recibir la admiración de alguna viejecita elegante y sincera amiga.

EN EL ÁLBUM DE ALBERTINA PEÑA Y DÍAZ

Ese pensamiento tan espontáneo de la institutriz italiana que cultiva los brotos de tu inteligencia y el tallo tierno de tu sentimiento, será el más bonito, el más luminoso, el que más interese tu alma cuando la planta en todo su esplendor, con todo su follaje artísticamente desenvuelto por los cuidados de la educación más culta y guiada por las inspiraciones de tu buena madre, renueve en la memoria las impresiones de tu niñez actual, llena de vivacidad, de inocencia, de genio festivo.

Dentro de poco te pondrás vestido largo y debutarás en algún baile brillante, presentándote con una *toilette* de lujo, convencida de éxito por tu propio mérito y por el reflejo del rango social que ha realizado con el talento y la virtud, y la discreción y la cultura, la casa de tus padres.

Por algún tiempo acaso, el brillo de la vida social te hará olvidar á tu *gardinera*, la institutriz; pero, en la primera contrariedad de la vida que por causa fútil aparece siempre invencible en la primera juventud de las mimosas, tu pensamiento se volverá, sin quererlo, hacia las horas de recogimiento, en las que los acentos de las buenas ideas, de los útiles consejos y de la sabia ternura encaminaban tu espíritu adolescente.

Un consejo quiero agregar á las disertaciones de tu educación: No tengas novio por entretenimiento. Domina tus sentimientos inocentes, y esfuérzate por parecer una mujer sin pasiones, y sólo predisuelta á la

buena amistad con los que te frecuentan y á la benevolencia con tus padres.

El novio. . . ¡que surja de tu salón! . . . pero que no surja de impresiones callejeras, ni de festejos irreverentes en la Catedral, á las horas de la misa dominical ó de las solemnidades de Semana Santa.

TEÓFILO EUGENIO DÍAZ.

(Tax)

## RAPSODIA

Al teniente Juan Pietra.

Sueño de oro de la época querida,  
Pasad sin hesitar,  
Porque la noche triste de la vida  
No tiene despertar.

Pensamiento de giro soberano  
Y forma escultural,  
No dejéis al capricho casquivano  
Vuestro sello genial.

Ilusión vaporosa que cruzabas  
Como estrella fugaz,  
No vuelvas, que la musa que animabas  
Era sombra falaz.

Almas gigantes que cruzáis el mundo,  
Detened vuestro vuelo,  
Y escuchad el lamento gemebundo  
Que no llega hasta el cielo.

Corazón luchador, aguijoneado  
Por dudas y dolores,  
Vence ó cae, que el camino está sembrado  
De espinas y de flores!

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

## Audacias del genio

Kepler

Moraba en este átomo del cielo,  
Pero vivía en la región inmensa  
Del misterio y la luz: en ella piensa,  
En ella estudia y lucha con anhelo

Para rasgar su impenetrable velo  
Y explicársela al hombre, que compensa  
Su amor con el sarcasmo y con la ofensa.  
Al fin triunfa; en su divino vuelo

De la grandiosa máquina del orbe  
Sorprendió los misterios, y en tres leyes,  
Eternas como Dios, la ve y la encierra.

Y ese gran sabio que la mente absorbe,  
Más grande que el más grande de los reyes,  
Miserable murió. ¡Oh ingrata tierra!

Franklin

Negra la nube y de su rayo armada  
En fatídica sombra el mundo encierra;  
Serenos Franklin la provoca á guerra,  
Valiente el corazón, la frente alzada.

Por la atmósfera lúgubre y pesada  
Retumba el trueno que al mortal aterra;  
Franklin por arma esgrime de la tierra  
Su cometa en los aires remontada.

De repente la nube, iluminando  
Con su mirada el tenebroso cielo,  
Lanza su flecha, que veloz serpoando,

Baja iracunda con sulfúreo vuelo,  
Y, la frente del genio amenazando,  
Besó á sus pies el conmovido suelo.

Morse

Ilustre americano, de el momento  
Que por tu genio el rayo fué domado,  
Y con freno de alambre destinado  
Para raudo corcel del pensamiento,

Ya la idea no encuentra ni en el viento,  
Ni en huracán furiente desatado,  
Ni en el seno del mar, nunca surcado,  
Valla capaz de detener su acento,

Abarcando en su vuelo sin medida  
Todo el imperio de la humana vida;  
Y el imantado hilo prodigioso,

En cada vibración, Morse glbrioso,  
Repetirá tu codiciado nombre  
Mientras duren el mar, el aire, el hombre.

RAMÓN DE SANTIAGO.

## Sobre lenguaje

Á PROPÓSITO DE UNA OBRA DE RICARDO PALMA  
(Continuación)

He notado que Palma no clasifica las palabras cuya admisión propone, como partes de la oración, ni parece dar gran valor á la exactitud de las definiciones. Lo primero constituye en este libro, en que casi no se ven ejemplos que comprueben el uso, una omisión grave, mayormente para los que, como los europeos, ignoran de todo en todo el significado de la casi totalidad de esas voces, y tratándose, por otra parte, de que sean por ellos tomadas en cuenta. Lo segundo no es de menor importancia. Es lastimoso, en verdad, que en Europa incurran en errores sobre nuestras palabras, por inexactitud ó deficiencia de los datos suministrados, ó por carencia absoluta de esos mismos datos.

Entre las voces evidentemente mal definidas, me limitaré á citar *coiteo* (burlarse de una persona), *criollismo* (disposición para *acriollarse*), *retobo* (la acción de *retobar*), *secretarse* (el *secretos* mutuo) é *invernar* (enviar el ganado al *invernadero*). Hay otras que carecen de definición, lo que á veces origina serias dificultades.

No soy de los que dan gran importancia á las definiciones, ni se crea por lo manifestado que son muchas las palabras con significación errónea; pero opino que en un libro sobre lenguaje, y sobre todo de lenguaje americano, la necesidad de expresarse exacta y correctamente llega á su colmo, como quiera que de ello depende la suerte de los vocablos por cuya inclusión en los diccionarios se brega. No basta advertir á mi juicio: si hay palabras mal definidas, que se encargue de corregirlas el lector.

Hechas las advertencias precedentes, que he considerado necesarias, paso á exponer lo que sobre algunos neologismos y americanismos me ha sugerido la lectura del libro que me ocupa.

II

ACAPARAR.—El pugnar por la admisión de esta palabra, Palma está de acuerdo con Bello, quien

en unos apuntes sobre el Diccionario de Galicismos, se expresa así:

«Acaparar, acaparador y acaparamiento no son galicismos superfluos, como dice el señor Baralt, sino convenientes y aun necesarios. Comparar para hacer monopolio es una perifrasis.»

Falta, como se ve, en el opúsculo de Palma acaparamiento, que también olvida Rivodó en el Diccionario consultor y en Voces nuevas en la lengua castellana.

El acaparamiento es una especie de monopolio sin duda, pero de una especie que se puede llamar singular, porque enagena sin prohibición de la autoridad, como el estanco, y sin contrato previo con otro proveedor que vende ciertos artículos a un precio fijo, como el asiento. (Andrés Bello, Obras completas, tomo VIII, pág. C.)

ACCIDENTADO—Continúan en todo su vigor las valederas razones alegadas por Baralt contra la acepción que Palma quiere se dé a esta voz.

Decir accidentes del terreno, terreno, país accidentado, era, en tiempos de Baralt, galicismo intolerable. Hoy, a pesar de los autores que lo defienden y recomiendan (perdónennos Rivodó y Palma), ha dejado de ser galicismo para ser un disparate.

D. Zorobabel Rodríguez, correcto escritor y distinguidísimo literato chileno, censura con razón, pues, a los que así estropean la lengua.

ACEITILLO—En América, dice Palma, dejamos el aceite para la cocina.

Debo notar a este propósito que el autor de Neologismos y americanismos nos atribuye a los americanos, a poco que nos descuidemos, palabras y acepciones que no hemos empleado en la vida.

En el Plata, a lo menos, aunque usamos muchas cosas que no están en el mapa, no decimos aceitillo por aceite perfumado, ni barchillon por enfermero de hospital, ni disparatero por disparatador, ni emplumarse por evadirse, ni jebes por gema elástica, ni la Nata por la Muerte, ni orfelinato por asilo de huérfanos, ni pantorrillado por presumido, ni tembladera por tremedal (que llamamos tembladera), ni es la única acepción de yeguarico poseedor de muchas yeguas. Argentinos y uruguayos ignoramos muchas de esas cosas, y llamamos emplumar a poner plumas, nato, corruptamente, al chato, y pantorrillado al que tiene muy gordas las pantorrillas.

ADHESIVO—En vez de persona que hace ó dice disparates y tonterías, no veo que presente ventajas adhesivo sobre disparatador y tonfo. Aplicada la palabra a la persona ridícula ó extravagantemente vestida, no es sino corrupción de adhesivo, y prefiero esta última, que tiene en su abono un uso tan general como respetable y que no es malsonante ni chapucera.

Como decía Molière qu'il y a fagots et fagots, hay palabras y palabras, y adhesivo, en la acepción que se le asigna, es de pésimo efecto. Apelo al testimonio de las personas de buen gusto.

Palma no debía olvidar que aquellas voces se generalizan y aceptan que cuentan a su devoción el parecer de la gente educada, ó que se recomiendan por su linaje y catadura.

ADULÓN—Enteramente de acuerdo con el autor de Neologismos relativamente a lo que dice sobre esta voz, copio de mis apuntes:

Adulón, adulonería, por adulador, adulación.—Aunque el significado de estas palabras es semejante, existen, sin embargo, diferencias entre ellas. El adulador puede ser movido en sus acciones por sentimientos nobles y elevados; el adulón sigue siempre los impulsos que a su naturaleza imprime un interés egoísta, con frecuencia perdido, ruin y bajo. El adulador puede ser un hombre honrado; el adulón es siempre despreciable, porque para adular se arrastra. La adulación es a las veces debilidad, flaqueza, tal vez bondad, tal vez necesidad; la adulonería es siempre una bajeza. Rivodó propone la admisión de adulant, adulantón y adulón; pero fuera de que esta última expresa todo lo que expresan las dos primeras, se las aventaja mucho en cuanto a valor fonético. A mayor abundamiento, aquéllas, a lo que creemos, son completamente desconocidas en gran parte de América, mientras que ésta es corriente en el Plata, Venezuela (Rivodó), Chile (Rodríguez), Perú (Paz-Soldán) y seguramente en toda la América de habla española.

Con pública aclamación Crónwell en Londres entraba, Y ese acto lo ponderaba Un adúltero adulón.

Francisco Acaña de Figueroa. A todos los que piden y triunfan, mi desprecio; A todos los que luchan y se afizan, mi oración; Que el hombre que se impone, de la bajeza al precio, Si sirve, es un lacayo; si manda, un adulón.

Daniel Martínez Vigil.

Palma trae además adulete. Admitirlo sería quizás aumentar demasiado la familia ya larga de los aduladores.

ALBAZO—Es sinónimo de alborada en la acepción de acción de guerra que se ejecuta al amanecer, pero no en las demás. Así la Academia, Salvá, Barcia, Serrano y el Novísimo Diccionario, descompuesto por una sociedad de literatos, como lo dice Cuervo pícarosamente.

ALTERNABILIDAD—Decir alternabilidad por alternación y alternativa será muy nuevo, muy gracioso y muy elegante, pero no me lo parece, aunque ello lo recomiendan Palma en su opúsculo y Rivodó en su Diccionario consultor.

AMANSADOR—Es palabra castellana, pero a mi juicio no existe razón alguna para que ella, de significación genérica, sustituya a domador, voz con la cual se ha denotado siempre lo que se pretende expresar con aquélla.

Amansador es un adjetivo que se aplica al que amansa ó a lo que amansa; domador es quien doma animales; picador, quien tiene el oficio de domar y adiestrar caballos. Ahora bien, ¿quién no advierte diferencias entre ellas? ¿quién no ve que sería grande error el confundirlas, y empobrecer la lengua el equipararlas?

AMORDAZAR—Estando anticuado este verbo con las significaciones de morder y maldecir, soy de sentir que podría adoptarse con la que a emordazar (poner mordaza) le asigna el Diccionario de la Academia, el cual verbo nunca se usa en América.

Amordazar no es desconocido tampoco en Europa. El distinguidísimo crítico cubano don Emilio Bobadilla dice en Solfeo, pág. 74:

Eso de querer amordazar por medios subterráneos al escritor honrado y leal que dice lo que piensa a su modo, no lo tengo por plausible, ni con cien leguas.

APLOMO—A pesar de la condenación de Baralt que pesa sobre esta voz, es ya imposible desterrar del uso la significación de serenidad, siempre fría, que comúnmente se le asigna.

Por fe y certidumbre que el dichoso capitán está ya achicharrado en el infierno, declaraba, con el estrepando aplomo de la gente de su oficio, un escribano de la Real Audiencia, sortiendo entre palabra y palabra sentencias na-

rigadas del cacarachero. (Palma, Tradiciones Peruanas, tomo I, pág. 56).

Y no vamos ya a rebasar pasajes recónditos en crónicas antiguas, sino a pesar con calma y aplomo, en la región serena de la más sana crítica, los datos apreciabilísimos que nos ofrece. (José Gutiérrez de la Vega, Libro de la Montería, tomo I, pág. LVIII).

Lo traen Salvá, Domínguez, Barcia, Serrano y el Novísimo Diccionario.

ARENILLERO—Arenillero, lo que llaman en España salvadera, no salvadera como trae Palma, es voz innecesaria a mi juicio. Este autor comete la injusticia de no incluir muchísimas otras que reconocen causa semejante y que pueden defenderse con iguales razones que ella.

BACHICHA—Gringo, entre nosotros, no es el inglés, sino el italiano con preferencia, y, en general, el extranjero, que es lo que sostiene Salvá en su Diccionario. Gabacho, no gavacho como escribe el autor del opúsculo que me ocupa, no es americano ni mucho menos. Lo usó Moratin en su conocidísima décima que comienza:

Admiróse un portugués, y el Diccionario de la Academia, la camisa de algodón según Palma, dice que se denomina así también a las personas.

Gringo es término despreciativo que se aplica a los extranjeros en general. (Ponce, Les Otages de Durazno).

Mantegazza, el célebre Mantegazza, no un bachicha cualquiera llamado así. (Lucio V. Mansilla, Entre-Nos).

Tenia hecha la intención De ir a la fonda de un gringo. Estanislao del Campo.

A mi ver es evidente que cuando el distinguido poeta argentino usó gringo, no quiso decir inglés.

BOLETO, BOLETERÍA, BOLETERO—No usaron estas voces los escritores del buen tiempo, ni la estilaban los buenos autores de hoy, porque la cedulilla que se da para entrar sin embarazo en alguna parte es boleto, no boleto.

Sin embargo, se emplea en gran parte de América, si no en toda ella, y esto basta para que Palma la recomiende.

Yo estoy por la forma antigua, pues no veo razón alguna para que le cambiemos el sero.

En una obra nacional bien escrita he leído: El último postulante se separaba del grupo para ir a firmar el boleto de compra.

Y el Código Rural de la República, en su artículo 39, dice:

El herrero que sin boleto de la policía se permita construir marcos, etc.

Pero el buen uso siempre ha dicho boleto, boletín: Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los apsentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescator de las boletas, etc. (Cervantes, Novela del licenciado Vidriera).

Tomás. ¿Es aquí, aunque usted perdona, donde se venden los boletines de la diligencia? (Bretón, El hombre gordo, acto único, escena VI).

BRIN—«Tela gruesa y fuerte que, entre otros usos, se emplea para pantalones de marineros y soldados.»

Así define Palma esta voz, y vería a mi juicio. Brin, dice el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, del bajo bretón brien, brizna, hila de vegetales, es tela de cáñamo ligera y flexible, propia para embarcaciones menores. Drill, según el mismo Diccionario, del inglés drill, es cierta tela de hilo.

¿Puede haber alguna conveniencia en equiparar ambas palabras, que significan cosas tan diferentes?

Palma cree que sí; yo opino que no.

No ignoro que esa confusión se hace con frecuencia en América, y podría citar ejemplo en comprobación de este aserto; pero brin es cierta tela de cáñamo; drill, una tela de hilo.

¿A qué, pues, confundirlas? ¿Qué utilidad podría surgir de unificar sus significados?

Para mí no sabe Pompeyo Gener lo que se pesca cuando habla de enriquecimientos del idioma con nuevas significaciones de las palabras. La mayor calamidad que puede pesar sobre una lengua es precisamente este tumultuario amontonamiento de acepciones dadas a sus voces. El distinguido autor de Borriones gramaticales dice a este propósito: «Si inventar un vocablo innecesario es una falta, debe reputarse como pecado mucho mayor el atribuir inútilmente una doble acepción a una voz de uso corriente.» Y el sabio Bello, en el prólogo de su Gramática de la lengua castellana, se expresa así: «Hay otro vicio peor (que el neologismo): es el prestar acepciones nuevas a las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen más ó menos las lenguas todas, y acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas a que es preciso acomodar un número necesariamente limitado de signos.»

Yo sintetizaría mi opinión en dos palabras: multiplicar las acepciones es contribuir al empobrecimiento del idioma.

CARACHA—Trae el Diccionario de la Academia, con la significación de enfermedad semejante a la sarna ó roña, esta voz, que Palma incluye en su libro.

Hace lo propio este autor con chaquirá, fachienda, fachendoso, hostigar, piscobabis, potitquear, rabiado, que son castellanas con la significación que les da.

CARÁTULA—Dice el eminente Cuervo tratando de esta voz: «Más agudeza que tontería arguye el llamar carátula a la portada, frontis ó frontispicio de los libros: carátula es lo mismo que careta ó mascarilla, y ¿en cuántos libros no es la portada una máscara con que se engaña al público prometándole cosas que jamás se cumplen en el cuerpo de la obra? En todo el mundo es moda hoy día enmascarar con hinchados títulos, libracos por que no se pueden dar dos ligas.» A pesar de esta opinión, cree Palma debe admitirse; pero convengamos en que el buen uso no viene en su apoyo.

He aquí ejemplos. Desde muchacho fui aficionado a la carátula (no aludó seguramente a portada de libro).

Cervantes.

Tampoco se refiere a una portada Lope, cuando en su paso ó farsa intitulado Carátula habla de que el criado Alameda se había encontrado una carátula, y su amo Salcedo le hizo creer, como a simple, que era la cara del santero de la ermita de San Antón, a quien días antes habían desollado el rostro y asesinado unos ladrones.

Habla de una carantamanla evidentemente. De no ser así, ¿cómo encontrarla semejante a la cara del santero?

Este emblema se ha tomado del libro de Job, y lo usó en las portadas de sus obras el impresor Juan de la Cuesta. (Clemencin, Comentarios al Quijote, tomo VI, pág. 307.)

Las observaciones del señor Clemencin principian

dele de la portada de la obra que comenta (Hartzenbusch, Observaciones sobre un comentario del Quijote).

CARAY!—Tiene razón el autor de Neologismos y americanismos cuando, repitiendo la afirmación de don Zorobabel Rodríguez, habla de lo que se realiza del uso de esta interjección, que se emplea en América, aun cuando se la ponga en el índice del expurgatorio.

El Don Juan Manuel se dijo: ¡Caray! (Lucio V. Mansilla, Entre-Nos).

¡Caray! no hay nada como las muchachas de matienca. (J. Isnaes, María).

En cuanto a su etimología, podría decir lo que a otro propósito Campoamor en una de sus dodecimas:

No es menester saber para esto, arguyo, Ni el griego ni el latín.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL. (Continuará.)

### Sobre un libro de versos

De carta dirigida por uno de los redactores de esta publicación al distinguido poeta argentino Francisco Soto y Calvo, agradeciendo el obsequio de un ejemplar de sus Poesías, tomamos los párrafos siguientes, en los que se expone un juicio de la obra.

Dos caracteres, dos manifestaciones muy diversas de poesía, alternan en las páginas del libro que motiva esta carta: la poesía que es sentimiento, la poesía que es color.

Placa a su numen, en las horas serenas, desentense en la consideración de las exterioridades brillantes y graciosas; de las escenas apegables de la vida, de los aspectos del mundo ó material sencillos y risueños.

Como pintor del paisaje, como poeta de la descripción, caracteriza a V. una nota de franco y vigoroso realismo.

No busca V., en la infinita variedad de la Naturaleza, los cuadros excepcionales, momentos bellos, ó excepcionalmente grandes, para pedir ilusoriamente de prestado a la imaginación de los temas lo que de sí debe dar la inspiración; ni espera V., para captar, aquellos instantes en que a la contemplación de las realidades externas se asocia la efusión del sentimiento íntimo que despierta en ellas un reflejo de su luz ó un toque de sus sombras, haciendo de la misma naturaleza confidente del alma que se acoge a su seno.

Ha sido concedido a su numen el dón de la objetividad descriptiva, de la visión desinteresada y directa de las cosas, que para muchos importa sólo una desviación de los procedimientos naturales del arte del sentimiento y la palabra, empeñada en una estéril rivalidad con las que tienen el dominio del plástico; pero que para mí vale tanto como cualquier otra forma ó inspiración de poesía, siempre que la luz transfiguradora del bello, que hace chispear la lágrima cristalizada por el arte, se refleje también en el relieve de la línea ó sobre la mancha de color.

Destierra V. de su descripción la ampuliosidad, la vaguedad, ama V. el detalle, y sabe bien que aún en los más humildes y desahucados rincones de la naturaleza hay siempre una inspiración segura para quien

acierta a rasgar la corteza vulgar y prosaica de las cosas, con la mirada en que va un rayo del sentimiento y la mente del artista.

Ya emule el verso el cromatismo del pincel, como en la descripción animada y resplandeciente de «Colores»; ya sea su tema, como en «La Mancha»—que ganaría con la corrección de cierto abandono prosaico del estilo—un juego de niños ingenua y sencillamente poetizado; ya tome el escenario de la calle, como en la composición intitulada «De paso», una escena tosca y plebeya, ó bien traduzca, como en los «Croquis de viaje», donde noto rasgos tan agradablemente superficiales y graciosos como el de Buñe, al idioma del poeta las impresiones del turista, prevalece constantemente en las descripciones de V. el mismo amor por lo sencillo y lo gráfico.

Su manera de descripción me recuerda la del más meridional y colorista de los actuales poetas españoles, el lirismo pictórico de Ruéda, a cuya feliz evocación parece haber rejuvenecido la genialidad de la vieja lírica andaluza, armonizada con las influencias del moderno prurito literario de pintar.

Singularmente en composiciones del género de El Tren, La Siesta, La Faena y La Lluvia, percibo esa semejanza, y me parece que la nota vivaz y luminosa del pincel que coloreó los «Cantos de la Vendimia» y la «Sinfonía Nacional» imprime vida y carácter a sus cuadros.

Así como domina, según lo he notado ya, en sus descripciones, el anhelo de desentrañar y revelar la íntima poesía de lo que parece más esencialmente prosaico a la mirada del vulgo, es frecuente y característico en sus composiciones de sentimiento personal la preocupación de detener el vuelo rápido de los pequeños acontecimientos de cada hora, de las pasajeras emociones, de los leves recuerdos, de los episodios fugaces, aparentemente baladíes, pero que en la historia del alma dejan su huella y van labrando el cauce por donde acaso ha de precipitarse imperiosa é irresistible la pasión, a semejanza de los obreros humildes, los esfuerzos oscuros y las acciones ignoradas que preparan desde la sombra, en la historia de la especie, los solemnes acontecimientos y las grandes transformaciones.

Triunfa V. siempre? ¿Escolla V. alguna vez en la dificultad, propia del género, de comunicar valor de emoción universal, valor humano, al lirismo que expresa la emoción individual?

Aunque en presencia de ciertas páginas del libro hubiera de ser negativa la respuesta, V. lo compensaría sobradamente, ante la crítica más cruel, con sólo exhibir el idilio que se titula «Adolescentes» y que es, en mi sentir, lo más inspirado y hermoso de su obra.

Podría afirmarse que todas sus calidades de paisajista delicado y todas sus dotes de poeta de suave sentimiento han llegado en esa composición a la más perfecta y admirable armonía, refundiendo en una sola y dichosa inspiración que acaso inmortaliza un recuerdo melancólicamente acariciado en la intimidad de su memoria, lo más selecto, lo más hermoso, lo más puro, que ambas

excelencias de su espíritu pudieran dar de sí.

Todo, en esa composición, me es singularmente grato: la ingenuidad del sentimiento, la poética naturalidad de la expresión, hasta la forma métrica, el serventesio sencillo y elegante, que Campoamor sustituyó con excelente acuerdo de la estrofa tradicional de la epopeya en el *Drama Universal* y que es hoy, en poesía americana, copa de férvido y brillante lirismo en manos del gran poeta de Méjico, autor de *Gloria* y de *Sursum*.

Hace ya tiempo que cuento esa que considero mejor de sus composiciones, en el número de las que me son excepcionalmente queridas; y al agradecer a V. por esta carta el galante envío de su obra, se me ofrece la ocasión agradable de transmitirle el testimonio de esa predilección.

Llego a las páginas que dedica V. a sus traducciones de selectos versos franceses y, que despiertan en mí tanto interés como las anteriores.

Hay quienes conceptúan la traducción labor servil ó por lo menos, secundaria; hay quienes la identifican con las más nobles manifestaciones de la producción. En cuanto a mí, las traducciones poéticas me parecen cosa tan árdua é insegura como el acto de pasar de un pomo á otro la esencia etérea, sutilísima.—Esta mi idea de su dificultad ha resistido, muchas veces, á la lectura de las que llevan la firma de D. Juan Valera, de Teodoro Llörente, de Bonalde. Si *La Prière pour tous* no hubiera sido traducida al español por Andrés Bello, apenas creería en traducciones.

Traigo ahora á cuenta esta meticulosidad, ó, si V. quiere, extravagancia de mi gusto, para realzar la significación del aplauso que debo á V. al llegar á esta parte de su obra, y dar idea de la admiración que me merece el exquisito sentimiento con que ha interpretado V. la melodía arrobadora de la *Lucia* de Musset.—El íntimo perfume, la fidelidad del espíritu, me parecían en esa composición verdaderamente irrepugnables, y si á ellos se redujeran las buenas condiciones de la traducción, yo la tendría por modelo. ¡Qué lástima que inoportunas asonancias vuelvan la forma defectuosa!

Ha tentado también á sus anhelos de refundir por la traducción, en el propio espíritu, las concepciones bellas de los otros, el soneto triunfal con que el insigne americano de quien puede decirse que ha hecho resplandecer la magnificencia y la juventud del Nuevo Mundo en el cenáculo de Gautier y de Banville, cantó á la banda aventurera á cuyos ojos ávidos se levantaron una vez, en el confín del horizonte, las estrellas desconocidas que hoy fulguran sobre la libertad y la civilización de nuestra América.

Bien sabe V. que no ha llegado el primero al pie de ese bajo relieve de bronce, esculpido por mano á un tiempo delicada y atléctica, para apoderarse de su imagen y labrarla de nuevo, con el cincel de nuestra habla española, á la que el tema de aquel fragmento épico parece adaptarse como á su forma natural.—Miguel Antonio Caro ha traducido *Los Conquistadores*, y la lectura de una nueva versión se asocia inevitablemente en nuestro espíritu al recuerdo de tan formidable pre-

cedente.—Pero la tentativa de V. no significa, después de la de Caro, una obra inútil, porque está inspirada en muy distinta inteligencia de la traducción. El clásico de Colombia, además de traducir el soneto, lo ha españolizado. Impera en sus «Conquistadores», antes el estilo del traductor que el del propio poeta, y es su soneto de la casta de los que salieron de manos de los Góngora, de los Jáuregui, de los Arguijo. Considerado independientemente del original, es, sobre toda duda, soberbio; apreciado en su calidad de traducción, \*deja bastante que desear.—V. en cambio, prefiere el endecasílabo que lleva el sello poético de nuestra raza, y á la soltura concedida, en el procedimiento de interpretación, al voluntario vuelo de que hablaba, á propósito de las imitaciones de los clásicos, Bartolomé de Argensola, la estricta sujeción al metro y á la letra, y sus alejandrinos castellanos, calcados casi uno por uno en los del soneto original, son el traslado fidelísimo del pensamiento y las palabras del autor de *Trofeos*. Las traducciones de «La tumba del conquistador» y la «Fuente de juventud» del mismo Heredia, armonizan cumplidamente con la belleza de la que he comentado.

Ha elegido V., en el acervo de otros poetas, y ha acertado á darles también una fiel y brillante interpretación, la fresca y primaveral poesía de la «Aurora» de Hugo; el dejo melancólico de los «Remordimientos» de Bourget; la imagen soberbia del «Albatros», con que el maestro de las *Flores del mal* simbolizó la ineptitud divina de los poetas en la prosa del mundo; la severa reconvencción de Sully Prudhomme ante la frívola vanidad del tiempo perdido; y la canción de Richopin, la balada del corazón de la madre muerta, que es de veras un corazón que va goteando sangre.

Habla tan alto la selección de los originales en pro del acierto de su gusto, como en favor de sus condiciones para esta producción *refleja* de poesía la felicidad del desempeño.

En cambio, ¿me permitirá V. confesarle que cuando leo su traducción de *El Soneto* de Soulayr, no me parece que esa travesura, tan ingeniosamente expresada por el poeta, de la idea rebelde y esquivada á las solicitudes tenaces de la forma, haya sido dominada esta vez por su habilidad de rimador?

Pero no prolongaré por más tiempo la ya impertinente prolijidad de este comentario. Me olvido de que escribo una carta y no una crítica. Sirvanme de disculpa el interés y el halago del tema sobre que he departido con V. y mi afición al estudio de los poetas.

Tratándose de los elegidos para hablarlos en el lenguaje natural de las cosas bellas á los que formamos en el rebaño obscuro de la prosa, yo no concibo la crítica sino como un homenaje tributado á la superioridad jerárquica de los que crean sobre los que analizan. En vano veces que parten á toda hora del clamor bárbaro y plebeyo, pero que suelen descender también de las alturas, niegan y desconocen la razón de esa superioridad. Ustedes rien de los augures que profetizan la ruina inevitable de la ciudad de que son dueños; ustedes imperan,

eternamente vencedores! Hace apenas dos lustros, bajo los auspicios de una escuela que ambicionó dictar la fórmula última y definitiva al arte moderno, proclamaba la soberbia de la prosa, una vez más, que el secreto del porvenir era exclusivamente suyo. Entre tanto, nuevas escuelas se han alzado sobre la decadencia de la que confiaba la poesía a los dominios de un recuerdo glorioso, ella ha recatado á su favor gran parte de su imperio, y hoy va pasando de moda el saludarla con el adiós melancólico de Shakespeare á la *reina de los tristes destinos!*

JOSÉ E. RODÓ.

## ESTUDIOS LITERARIOS

### Edmundo y Julio de Goncourt

(Véase el número 20 de esta REVISTA)

IV

LA OBRA

§ 6

Un erudito crítico francés, tan ferviente admirador de la literatura del siglo de oro de su patria como es enemigo de la contemporánea, declaraba, hace ya tiempo, en uno de sus más fulminantes trabajos publicados en la clásica *Revue des Deux-Mondes* que la «literatura personal»—según su terminología—era y es una verdadera calamidad artística y que los escritores que se dedican á escribir *Memorias, Diarios y Confesiones* no hacen otra cosa que sentar plaza de inmodestos y de pedantes, fastidiando á par á sus lectores con recuerdos, apuntes y narraciones que á estos les son perfectamente indiferentes. Y agregaba, con ademán airado y gesto olímpico, que dicho género de literatura tiene «mucho de incivil», con lo que pretendía indicar que «no solamente él va contra el objeto de la literatura, sino contra el mismísimo de la sociedad.» Todo lo cual puede sintetizarse en esta tirada de Malebranche, autor del credo de Brunetière: «Es necesario notar que todos los particulares que componen las sociedades no quieren de manera alguna que se les mire como la última partícula del cuerpo al cual pertenecen. Así es que los que se alaban colocándose encima de los otros, mirándolos como las últimas partes de su sociedad y considerándose á sí mismos como los principales y los más honorables, se hacen odiosos á todo el mundo.»

Esta catilinaria de Malebranche enderezada á su compatriota Montaigne, le viene de perlas al terrible crítico de la *Revue des Deux-Mondes*, que trina y se enfurece contra Amiel, María Baskirchiff, Julio Vallés y los hermanos Goncourt, reos del delito *ultra supra* mencionado.—Analicemos despacio la cuestión, ya que en este párrafo le ha llegado el turno al *Diario* de los artistas que vengo estudiando.

Es indudable que el punto de vista desde el cual el autor de *Le roman naturaliste* examina la cuestión es completamente con-

traproducente para la fiel deducción de la verdad que se busca. Pampetado detrás de toda la pléyade de escritores del siglo XVII, en pleno clasicismo, Brunetière juzga la tendencia y el fin del arte contemporáneo con aquella idea que expresaba Pascal en esta fórmula: «el yo es odioso.» Se comprende y se explica que el autor de *Bérénice* ó el de *Andromaque* no pusieran en sus obras el yo que hoy caracteriza á las obras de los románticos y naturalistas: los mismos principios del clasicismo se oponían á ello, como se oponían, por otro lado, las costumbres, las ideas, los procedimientos artísticos y las tendencias filosóficas y morales. ¿Cómo iba á banjar ese yo odioso, para Pascal—y para Brunetière que se mira en el espejo de los clásicos—la literatura francesa del siglo XVII, si ella fundaba todo su poderío en el impersonalismo del escritor y no reflejaba estados de alma, ni psicologías, ni sensaciones de la *vida real*? ¿Cómo podía el clasicismo aceptar el yo (ni tenía para qué aceptarlo) dado su carácter olímpico, casi ultra-terrestre, completamente ajeno al mundo afectivo? El poeta clásico, el dramaturgo clásico, el historiador y el novelista clásicos no entraban para nada en la obra, ni retrataban á sus semejantes, ni cantaban las pasiones y sentimientos de la vida diaria: vestidos con el purísimo cenital griego ó con la túnica romana, no escuchaban los gritos de su corazón ni oían los gemidos de la multitud que les rodeaba; almas de hierofantes y de rapsodas tan sólo se rendían y tan sólo interpretaban las iras de Nerón, las líneas serenisimas de la Venus inmortal, los celos de Medea, la pujanza de Aquiles y los amores de Marco Antonio. El dolor, para ellos, era el de Prometeo, cuando el buitre devoraba sus entrañas, y no este dolor que llena de lágrimas los ojos de los mortales y de angustia el corazón humano; la alegría, era la alegría de Júpiter bebiéndola copa de néctar que le ofrecía su esposa Juno ó esa otra que electrificaba al líbrico Sileno cuando sorprendía una Bacante en un claro misterioso de los bosques consagrados, y no esta alegría que refleja la Naturaleza vistiendo su más resplandeciente túnica primaveral; las pasiones, los sentimientos, las ideas, para los clásicos, en fin, eran esas que viven en Mitrídates, Horacio, Tartufo, Atalía, Edipo, el Cid, etc., y no estas ideas, estos sentimientos y estas pasiones que informan á nuestro mundo moral é intelectual. La serenidad clásica, el resplandor divino, el quietismo olímpico, la indiferencia glacial—y por otra parte, los procedimientos de la escuela, la rigidez de las reglas, la inflexibilidad de los recursos, la dureza marmórea de los versos, hacían completamente imposible la materialización del yo en las obras de los antiguos.

Pero el Arte continuó evolucionando, lentamente al través de los tiempos, y un día un genial poeta, tal vez el más grande de nuestro siglo, humanizó sus creaciones divinas, prestándoles, sinosa yo, por lo menos los sentimientos que nacen de su corazón. Goethe ha dado el primer paso; y el hábito pasional, genuinamente humano, que se desprende de su *Werther*, pese al exage-

rado romanticismo que le caracteriza, funde rápidamente la capa de hielo que viste el corazón de la tragedia clásica. Aquel grito humano, aquel dolor espejo de nuestro dolor, aquel corazón que, sangrando, habla directamente á nuestro propio corazón, nos atrae, nos seduce, nos obsesiona. Es que otros tiempos, y con ellos otros hombres, otras ideas y otros sentimientos, han cruzado el meridiano del Arte, y ya sus cultores no irán á buscar inspiración en la castállica fuente, ni á adornar sus sienes con los mirtos helenos, ni á conjurar las sombras de los Césares romanos y de los dioses del Olimpo. El romanticismo alborea; más tarde se adelanta la escuela naturalista,—y es por ellos que el Hombre, como hombre, suplanta á la Divinidad; la Naturaleza al Paganismo; el Yo, al Ideal supremo é inviolable. En vez de cantarse las saturnales, los juegos ístmicos, las convulsiones de las pitonisas, se canta á la carne, al corazón y al pensamiento; en vez de construir sillares de granito y columnas de mármol de Paros para sustentar Mujeres-ideas y Hombres-Deidades, se descende al arroyo para diseccionar el alma humana y escuchar sus dolores y alegrías. Y para realizar esta obra, esta transformación, el artista descálzase los coturnos, deja su manto de *aeda*, olvida la corona de verde laurel y empieza por estudiarse á sí mismo. ¿Cómo conocerá á sus semejantes? ¿No debe, acaso, dar principio á su estudio analizándose á sí mismo?

Nótese, pues, el profundísimo cambio que han experimentado las letras. Los escritores clásicos, y principalmente los franceses del siglo XVII, tienen un fin que persiguen sin segundo: la creación de la belleza según el ideal de la belleza griega, y tienen un procedimiento, el único valedero para lograr aquel fin: la impersonalidad del escritor. El hombre, como en el mundo antiguo, no es nada, á menos que se le considere un simple agregado de la composición social; y en cambio, el arquetipo del celoso, del amante, del avaro, del criminal, del héroe, del traidor,—como entidad abstracta, carácter ó idea,—forma categoría social. Y es por eso que el Harpagón, de Molière, á la manera del viejo Euclión, de Plauto, no es un hombre, un avaro, sino todos los hombres avaros, el tipo, el carácter ó la idea del avaro; mientras que el Papa Goriot, de Balzac, representa un solo hombre, una variedad del avaro, un ente aislado, un tipo acabadamente humano, que es y no es tan avaro como el creado por los clásicos citados, según se le mire como símbolo de la avaricia ó retrato fiel de un ser humano, pero en cualquier caso tan grande, y á veces mucho más grande, que los avaros del poeta griego y del escritor francés. Y es precisamente aquella representación de tipos y caracteres generales lo que da á la literatura clásica sus soberbios é impecables rasgos de altiva eternidad y resplandor olímpico: no expresando ideas personales ni sensaciones propias, sino ideas generales y sensaciones colectivas, los clásicos crean obras de todos los tiempos—pues que el tipo del avaro, ya que este ejemplo hemos tomado, existe siempre,—en tanto que el avaro de

Balzac, obra de nuestra época y de nuestras ideas, no es más que la encarnación de un momento preciso y también muy nuestro.

Pero esta pintura del carácter ideal, del tipo medio de la sensación universal verificadas por el clasicismo, cambia de pronto, según queda dicho, yes entonces que el arte persigue el imperio de los detalles, de los rasgos particulares, de las líneas concretas,—creando así el tipo particular, el carácter de excepcional sensación, propia del artista. Goethe, en Alemania, Prévost y Le Sage, en Francia, Walter-Scott, en Escocia, empiezan por perfilar sus personajes de manera que no puedan confundirse con los similares. *Werther, Manon Lescaut, Gil Blas, Quintin Durward* son seres más ó menos humanos, pero indiscutiblemente seres característicos é individuales, y su historia informa una verdadera confesión, ó, mejor dicho, son *memorias* de cabo á rabo.

Pero, el escritor que debía trazar el rasgo viril y atrevido capaz de deslindar todo el pasado clásico de la era moderna, era Rousseau. El autor de la *Nouvelle Héloïse* rompió francamente con los viejos modelos, renegó de las inviolables reglas artísticas y se presentó á la liza por sí mismo, como artista personal, como temperamento propio. Esto es lo que disculpa, según mis alcances, sus groserías, sus audacias y su cinismo—que también cinismo se encuentra en *Confessions*.—Su propio genio llena el vacío de nobles modelos que á sí mismo se rechazó, y en este sentido el *Emilio* ó cualquiera de sus obras no vale menos que las más impersonales y clásicas de los escritores del gran siglo,—que las fábulas de La Fontaine, los pensamientos de Pascal, las tragedias de Racine, los sermones de Bossuet y la crítica de Boileau.—Con Rousseau, en Francia, y con Goethe, en Alemania, entra, pues, el personalismo en la obra artística, y de entonces en adelante él se refleja, en mayor ó menor escala, en todos los artistas. Los poetas dejan de cantar ideales y entidades, sucesos y tradiciones, para dedicarse á cantar los sentimientos de su alma. Toda la obra de Byron, de Heine, de Leopardi, de Lamartine está llena de ellos mismos: son sus melancolías, sus dolores, sus pasiones, sus anhelos, sus alegrías, sus esperanzas las que viven en cada una de sus estrofas; y á cualquier propósito, sus propias ideas y sus sensaciones individuales salen á luz. Esto en cuanto á los poetas; los novelistas hacen lo mismo, y á veces con más bríos y atrevimientos: Atala y Renée preparan el camino á Adolfo y á Armando Duval; Valentina y Graziela nos llevan progresivamente hasta Madame Bovary y Sor Filomena. Los tipos, entidades al principio, se tornan muy luego de carne y hueso; las pasiones, de platónicas y románticas, vuélvense materiales y positivas; las acciones y sucesos, de verosímiles, en exactos y fatales.

Un siglo, dos siglos han transcurrido: el Arte ha cambiado de cánones y la indiferencia y serenidad marmóreas del clasicismo ceden el puesto á la pasión y al elemento *verista* y al carácter *real* de las escuelas literarias que le suceden. La ciencia enseña al hombre su lugar en medio de la

naturaleza, las costumbres cambian completamente, la historia derriba los mitos y leyendas, la fisiología y la patología descubren el hombre al hombre mismo; un cambio radical se ha verificado; nuevas ideas sustituyen a las viejas ideas, y en materia de Arte, el escritor, en vez de estudiar el mundo objetivamente, empieza por encerrarse en sí mismo para estudiarse y luego proceder por un método deductivo; y en cuanto a las leyes humanas han avanzado tan increíblemente que en las actuales casi no se adivinan las antiguas... ¿Qué implica todo esto? La idea que preside al clasicismo, esa que aniquila al individuo para presentarnos toda una sociedad y toda una época moviéndose como una sola entidad á impulsos de un solo resort, ha desaparecido y está sustituida por la contraria: el individuo se destaca claro y distinto, como entidad, y por sí solo dirige, mueve y convulsiona su época y la sociedad en que vive. La humanidad, ente abstracto, generalización suprema, no es nada; el hombre, sér individual, lo es todo. El Yo es el alma del Universo; cada hombre es un mundo; el egoísmo adquiere proporciones todopoderosas y poco á poco se hace ley invariable de la vida...

Siendo esto así, ¿qué nos saca á colación Fernando Brunetière el ejemplo de los clásicos en materia de personalismo literario? ¿Qué nos importa, y qué argumento en contra para el arte moderno puede ser el hecho de que «ni Corneille, ni Racine, ni Molière, ni La Fontaine, no nos hayan hablado de sí mismos en sus versos?» (1)

Pero no extrememos la censura, ya que el mismo autor de *Les époques du Théâtre français* confiesa que si á la literatura personal se «pretendiera condenarla en términos demasiado absolutos, perderían la mitad de las obras maestras de la literatura contemporánea». Vengamos á la cuestión de la legitimidad del género de las *memorias, diarios, confesiones y recuerdos*, que es el negro espectro que tanto atemoriza al distinguido erudito francés.

¿Por qué no se han de escribir *memorias*? Yo tengo para mí que cada vida humana es tema para una novela, ó para muchas, y que por el solo hecho de ser humana una cosa basta á interesarnos. La simpatía, como criterio de moral, y tal cual la entiende

Smith, se traduce en el mundo intelectual en correlación de afectos, emociones é ideas, y es así como llegan á contristarnos los dolores ajenos, de una novela, ó á verter balsámico consuelo en nuestro pecho las alegrías que lucen con encantados matices sobre los personajes humanos de los libros.

¿Qué se requiere, en materia de Arte, para hacer sentir á los lectores? En primer lugar que sea real el afecto; luego que el personaje que lo experimenta sea humano. Un ejemplo nos lo dirá más claro y á par pondrá de relieve que el clasicismo no puede cumplir el fin del arte moderno. Tomemos una pasión, una pasión eterna al través del espacio y del tiempo: los celos. En la tragedia griega los celos se llaman *Medea*; en el teatro moderno, *Otelo*. ¿Qué efecto causa en nosotros uno y otro personaje? Es fácil comprobarlo. La mujer de Jasón es una idea, no es una mujer; es una leona, un espíritu vengador más terrible que la Tyrrhena Scyla, un sér intelectual, abstracto, eterno; la pasión de los celos, en una palabra, corporizada, mitad mujer mitad deidad,—y como tal no habla sino á nuestro intelecto ni es comprendida sino por nuestro pensamiento: nuestro corazón no se estremece ni se angustia cuando asesina á sus dos hijos; el terror que produce es puramente cerebral.—Y ved, ahora, el morro del inmortal poeta: es un desgraciado, un montón de carne sangrante con todas las debilidades del sér humano, que cree inocentemente la pérfida palabra de Yago, que se deja engañar por una torpe intriga y que, como él mismo dice á Ludovico, mata á Desdémona, «no por odio, sino por honor»,—y es por esto que Otelo angustia tan horrorosamente nuestro corazón, sin detenerse nuestro pensamiento á considerar si el personaje realiza ese elemento estético que Krug denomina «sublime de mala voluntad.» Tal es la diferencia que existe entre la entidad moral que representa el personaje de Eurípides y el tipo individual y humano que es el de Guillermo Shakespeare.

Bástale, pues, al arte contemporáneo con ser real y humano; pero está claro que si cada hombre puede dar asunto para un libro interesante, no quiere esto decir que todos los hombres puedan escribir sus memorias. Se requiere algo más; por lo menos, cuatro elementos importantísimos.

Sería ridículo que un hombre incapaz de escribir cartas á su familia, ó un don Juan de las Viñas, ó cualquier zoquete que se pasó la existencia aporcano patatas, ó un hipócrita, en fin, escribiera sus *memorias*. ¿Qué nos podrían importar? ¿Qué mérito tendrían? Luego, y según lo dicho, son las condiciones contrarias á esas apuntadas, las que deben justificar el género de las *memorias*, ó sea, la sinceridad y el interés de la narración, y á par, el mérito del que se confiesa y su buen estilo.

Si los hombres que han dicho ó pensado algo notable—como dice Clarín en *Mesclilla*,—no sé por qué no han de poder retratarse y narrar su vida, especialmente cuando se trata de artistas que hacen de tales apuntes libros hermosos. A nadie se le ha

ocurrido censurar á los grandes pintores que han hecho el propio retrato.»

Analicemos, pues, esos cuatro elementos apuntados, y así quedará verificada la legitimidad de este género literario y el indiscutible mérito del *Diario* de Julio y Edmundo de Gyncourt.

VICTOR PÉREZ PETIT.

(Continuará.)

## DESDE LA ARENA

A CARLOS MARTÍNEZ Y GIL

Agradeciéndole la dedicación de su hermosa composición. Cave ne cadas.

Entre enemigos andas, y á derecha é izquierda te combaten..... Conviénete, pues, romper varonilmente con todo y pelear con mucho esfuerzo contra todo lo despreciable del mundo.

KEATS: *Imitación*, cap. xxiv.

### I

No el arranque genial; no la armonía vibradora y viril de tus acentos, hallarás en los pobres pensamientos con que á tu alma responde el alma mía.

Preso soy de letal melancolía, y, ahogados en pesar mis sentimientos, no prestan á mi lira los centos que fluyen de inspirada fantasía.

Herido, y aun sangrando, el pecho rudo que titánicas luchas afrontara; sin fibra el corazón; el labio mudo; soy un maltrazo gladiador que osara en vano alzar su acibillado escudo, cual si el triunfo su frente coronara.

### II

No es por debilidad: cual otro Anteo, cuando á tierra caí, con más potencia alzarne supe, y la feroz violencia contener de la suerte, á mi deseo.

Pero hoy, en mi dolor, triste me creo de hado fatal juguete, y la evidencia del mal que sufre anubla mi conciencia hasta hacerme dudar de lo que veo.

Que hay terribles momentos en que vano es pretender luchar con el Destino que nos somete á su poder tirano; y hay que ser, en el mundo, peregrino que huella con esfuerzo sobrehumano los cortantes guijeros del camino.

### III

Llegó tu canto á conmover mi pecho cuando, á raudales, de profunda herida, sangre manaba, que era convertida en torrente de lágrimas deshecho.

¡Rara virtud del vate! que en acecho parece estar del alma combatida, para brindarle el néctar de la vida, que apruan, los que gimen, con provecho.

¡Gracias por el deber que te impusiste, inspirado, sin duda, por quien vela por los que sufren en su noche triste!

Del astro de la paz brilla la estela para mí, des que tú te apareciste á ofrecerme la frase que consuela.

### IV

Mas, ¿quién te habló de mí? ¿qué acento afable reveló á tus sentidos el secreto del horrible dolor de que era objeto el hombre con quien fuiste tan amable?

¡Oh poeta! de un hado inexorable detuviste la acción cuando, discreto, me conminó tu nimen, que, concreto, de mi suerte hizo el cuadro abominable.

Yo sé que el digno vate es un profeta que oye la voz sublime de la Altura, y sólo á Dios su inspiración sujeta.

De ese Dios que conforta en la tristura un enviado tú fuistes; ¡oh poeta! para alejar de mi alma la amargura.

### V

¿Cómo vibra tu acento!; qué rotunda es la frase viril con que fulminas lo innoble de la vida, que abominas con la vehemencia que tu pecho inunda!

Es tu voz el ariete que, iracunda, arroja tu alma cuando altivo trinas contra la turba vil, que fiero hacinas para afrentarla de canalla inmunda.

Hay en tu frase varonil aliento, catoniano concepto en tu palabra, altivez en tu noble pensamiento; y es tu verso, por fin, cincel que labra el alma refractaria al sentimiento para que activa á lo que es santo se abra.

### VI

He leído tus versos inspirados más de una vez, con emoción sincera, y he visto en el sentir de tu alma austera mis propios sentimientos reflejados.

¡Yo soy un luchador! de los que alzados tienen siempre su brazo y su bandera; de los que en la avanzada ó la trinchera al enemigo aguardan, denodados.

No soy de los que gimen y se abaten; no soy de los que sufren y se callan, y sumisos consienten los maltraten.

Soy de los que en la lid más fuerzas hallan; yo soy de los estoicos que combaten y contra inicu prepotencia estallan.

### VII

Cuánto, cuánto he luchado! vate amigo, y ¡cuánto, cuánto infatigable lucha! mas la voz del deber severo escucho y no mido el poder del enemigo.

Si por el ideal que ansioso sigo he de bregar, desesperado, aun mucho, «hasta quemar el último cartucho» lo haré, aunque no halle ni abrigo.

Yo sé sufrir en lucha gigantea los amargos y rudos sinsabores, y no temo, cobarde, la pena.

Estoy acostumbrado á los horrores del campo de la lid, que ardiente humea; ¡son mi regalo diario los dolores!

### VIII

Hay, es cierto, desmayos unas veces; otras, honda aflicción y hasta locura: mas ¿qué has de hacer, ¡oh triste criatura! cuando en pesar inmenso desfalleces, si hasta aun Aquel que nos legó con creces ejemplos de paciencia y de cordura—

el Divino Jesús—con amargura miró, en el cáliz del dolor, las heces?

¡Ay! fuerza es convenir en que llevamos dentro del pecho muy sensible fibra por la cual los esfuerzos regulamos.

Por eso cuando contra el alma vibra el dardo del Destino, desmayamos; por eso nadie de llorar se libra.

### IX

¡Hay que luchar! ¡hay que luchar! Cobarde doblar no debe el hombre la cabeza, aunque la adversidad su cruel rudeza contra él emplee con inicio alarde.

Alce la noble frente; y, aunque tarde del triunfar el instante, con firmeza que refleje del alma la grandeza, muestre el denuedo que en sus fibras arde.

Ostente la constancia y la energía del adalid que nunca se cansaba, y, después de caer fuerte se erguía.

No de otro modo el Rubicón pasaba, triunfante, César, y Colón rompía el secreto del mundo en que soñaba.

### X

Vengador del que sufre los embates del mundo artero y del falaz dest no, alzarse debe el hombre que el divino esto siente que arrastra á los combates.

Agote del esfuerzo los quilates

con noble abnegación, si el torbellino de la vida lo quiere, y cabe al sino que se enseña en el hombre y sus penates.

Mas tremole la enseña del cruzado que brega por el bien, al triste ampara y al inerte defiende del malvado.

Tenaz dispute, con firmeza rara, sus dominios al mal, que, amilanado, ha de rendirse á la virtud preclara.

### XI

Del enemigo audaz al golpe rudo forzoso es contestar con la pujanza del que enristra soberbio aguda lanza y fiero embraza invulnerable escudo.

Del pecho en lo recóndito, que mudo se adormezca el dolor; que la esperanza muestre al alma la dulce venturanza que en santo anhelo vislumbrar se pudo.

Y, adalides de honor, el pecho lleno de ansias de noble ideal, por su conquista luchemos con espíritu sereno.

Nadie al deber, menguado, se resista; é, invocando al sublime Nazareno, en dar su sangre por el bien persista.

CONSTANTINO BECCHI.

Febrero de 1896.

## CARICIA PÓSTUMA

(Continuación)

### II

Petrona, la prima de Elías, estaba enamorada de éste; lo indicaban claramente las tiernas y efusivas caricias que prodigaba á Feliciano en presencia de su novio y la sequedad y rudeza con que la hablaba cuando vagaban solas por las escarpadas cuestas de aquellos cerros. Había en el corazón de aquella morocha tanto fuego como amor; salvajes oleadas de rabia, que estremecían sus acerados músculos, sentía correr por su cuerpo cuando recordaba la dicha de Feliciano y la pasión intensa de Elías, pero dominaba con femenil habilidad aquellos indómitos transportes de su alma apasionada, y en sus labios, rojos como las patitas de la torcaz, vagaba siempre una sonrisa encantadora.

Una tarde en compañía de Feliciano pescaba allá abajo en el valle, en un paraje delicioso cubierto de sauces y coronillas y á cuyos pies crecía profusamente la yerba meona, la marcela, la gramilla y el fragante trébol. Una profunda laguna que servía de espejo á los árboles de la orilla y muy abundante en pescado, era el punto donde habían colocado sus rústicas líneas de pescar. Feliciano, puesta de cuclillas, con las faldas delanteras recogidas entre sus piernas, y sosteniendo con ambas manos la pescada vara de «mata-ojo», pescaba muy próxima al borde de la barranca; Petrona más atrás, con el brazo derecho enganchado en la rama de un árbol y el cuerpo graciosamente abandonado sobre el tronco, parecía mirarla pescar. Insensiblemente los objetos fueron borrándose de su imaginación, y el murmullo suave de los árboles y el canto atronador de los pájaros se apagaron en sus oídos: era que pensaba en las circunstancias de su amor, en Elías, en Feliciano, en su suerte y en el peso aplastador de su propia desdicha. Así estuvo mucho rato, asida á aquel árbol que pagaba su abrazo

de liana, prestándole sombra y jugando traviesamente con sus cabellos. De pronto sus ojos negros despidieron rayos que fueron á apagarse en las aguas frías de la laguna.

Feliciano permanecía en la misma posición, muda, inmóvil, silenciosa, mirando fijamente los movimientos del flotador que á veces parecía querer sepultarse bajo las aguas, pero que volvía muy pronto á su sitio en medio de un suelto manajo de pequeñas ondas concéntricas. Vió la ardiente morocha, que soñaba, á Feliciano inclinarse suavemente sobre la barranca como para mirar las ondas; á las aguas abrirse y cerrarse un momento después vomitando una corona de espuma y á miríadas de cristalinas bombitas flotar un momento después en su superficie. Su brazo se deslizo del árbol mientras su cara adquiría el aspecto feroz de la amazona irritada, —y con el cuerpo inclinado, en actitud de avanzar y los miembros encogidos, permaneció un instante atacada de la parálisis de las resoluciones supremas. La intensidad del pensamiento despertado en su cerebro, absorbiendo toda su energía nerviosa, le robó las fuerzas necesarias para moverse. Feliciano se irguió en ese momento, y viendo en el rostro y la actitud de su compañera el sello horrible de una lucha salvaje; gigantesca, le preguntó con extrañeza: ¿Qué te pasa, que pareces una tigre enjaulada? Nada, dijo ella; vámonos. Á la noche, mientras se tomaba mate en la cocina y Feliciano contaba á su novio los sucesos de la pesca, Petrona, con estudiada coquetería colocaba en los cabellos de aquella un ramito de flores de espínillo amarillas y fragantes que había recogido en el monte.

Y un rato después, cuando todos se hubieron retirado, ella paseaba sus pensamientos ardientes, tan pronto lascivos como criminales, con el andar lento, con el movimiento voluptuoso, con el paso rítmico de una bayadera fatigada,—humedeciendo sus negros cabellos en el aliento frío de la noche.

### \*\*

Feliciano empezó á languidecer; se trocaron sus colores rosáceos por el tinte cianótico de la clorosis y su cara antes llena se volvió angulosa. Semicírculos violados como la flor del camalote, envolvieron la parte inferior de sus ojos azules, grandes y rasgados, que parecieron más grandes aún, y sólo al caer la tarde, cuando la fiebre ponía fulgores extraños en su mirada, una corriente de sangre, como encarniada con aquel rostro angelical, residenciaba dos besos rojos en sus pálidas mejillas. Tenía mucha tos, y le dolían el pecho y las espaldas... Fué á ver á *ña* Gervasia, una curandera que vivía en la Sierra y que hacía milagros... Ésta la miró bien, le tomó los brazos y los midió después cuidadosamente, colocándolos estirados y juntos en distintas posiciones.—Un brazo más corto que el otro, «mija»...; bien me pareció desde que te «vide» esa cara fina y blanca como el papel que envuelve las velas «estiarinas», que tenías la «paletilla caída». Pero no es nada... yo he curado á muchos de esta «mesma» enfermedad y más que «disgracia» se

(1) Brunetière, en uno de sus volúmenes de crítica *Questions de Critique*, expone la idea que el género de las *memorias* es fruto de la moderna literatura, aceptando únicamente esa manifestación artística—ó de pedantería, que diría él—en cinco ó diez espíritus de segundo orden del siglo XVII. Respetando, en lo que vale, la autoridad del gran erudito francés, no permitiré con donar aquí algunos apuntes, frutos de mis estudios de literatura francesa, que contrarían terminantemente aquella aseveración. No sólo se escribieron numerosas *memorias* durante el gran siglo clásico, sino que el mismo siglo XVI nos presenta un buen número, entre las que recordaremos las de Castellana, La Noue, Margarita de Valois, G. du Bellay, Fleuryanges, Vieilleville (atribuidas á Carleix) y principalmente de Brantôme y de Blaise de Montluc. Y en cuanto al siglo XVII sólo le apuntaremos en cuenta las *memorias* del marqués de Villar, de Mille, de Montpensier, de Rohan, de Retz, de Tallemant (las *Historiettes*, que pueden considerarse como *memorias* ajenas), de la Rochefoucauld, de Chosy, de Mme. de Caylus, de Dangeau, de Mme. de Motteville, de la duquesa de Nemours, de Flécher, de Bussy-Rabutin, de Luis XIV, de Mme. de la Fayette y cien otras que no me es dado recordar. Y qué diríamos si, dejando á un lado las *memorias*, nos pusiéramos á transcribir las correspondencias, las cartas del gran siglo, y entre las cuales se encuentran las de entidades como Bossuet, Fénelon, Malherbe, La Fontaine, Balzac, Racine, Mlle. de Scudéry, Vitureo, Descartes, Mme. de Sévigné, Mme. de Maintenon, Saint-Evremond, Vincent de Paul, etc., etc.?

ría que no te curase á ti, que eres más linda que una margarita sin arrancar. . . Tienes que hacer una «conturita» de cebo y raíz de calaguala y ponértela en el pecho «tuitas» las noches cuando vayas á acostarte, y tomar tres veces al día el agua del cabello de ángel. . . ; y «aura empeza» la señal de la cruz de abajo «pa» arriba como puñalada que se tira por debajo del poncho, mientras yo hago unas cruces milagrosas en el pecho de aquel Jesús «espinao».

La enfermedad de Feliciano progresaba. . . Una tarde le dijo á su vieja madre: Mamita, tengo humo en los ojos. . . aquel Banco que está allí en la puerta á veces parece que bellaquea y otras que se parte, porque no veo más que sus pedazos. Yo no tengo sueño, pero tiene mi cuerpo. . . ; mire este «pellejito» que tengo aquí arriba de los ojos, se me cae hasta juntarse con el otro que está debajo. . . ; parece que estuvieran «enamadrados», ó que se hubieran convenido para privar de luz á mis ojos. Los brazos no están conformes con descansar sobre mis faldas. . . ; quisieran ir más abajo, romper mis muslos, y descender todavía. Cuando los dejo colgando, hacen fuerza por desprenderse de mis coyunturas. «Tuitas» las fuerzas se han «convida» para abandonarme y se han ido por los brazos, por las piernas, por los hombros, pero me han dejado aquí en el pecho un dolor como recuerdo. . . Mamita, me voy á acostar. . . y se fué del brazo de su madre á la cama, en cuya cabecera se turnaron sin descanso durante las noches frías del invierno, la vieja, Elías y Petrona.

La fogosa morocha veía á la vida abandonar lenta y progresivamente el cuerpo lánguido, decaído y casi inerte de su amiga con la misteriosa alegría de una naciente esperanza. Sin embargo, durante aquellos delirios de la noche en que la enferma hablaba de Elías, de sus vacas, del arroyo, y que parecían anunciar su despedida del mundo, lo mismo que mientras duraban sus silenciosos y prolongados desmayos, la morocha se transformaba y algo así como la sombra de una lástima se anidaba en su pecho. Cuando en aquellas interminables noches de invierno, sola en su cuarto, sin luz, se planteaba el problema de su felicidad, y encontraba como insalvable obstáculo para llegar hasta ella la seductora belleza de Feliciano, resolvía y deseaba su muerte; pero una muerte perezosa en llegar, tardía en producirse para que dejara en ella organizarse la esperanza de su futura dicha sin pagar de inmediato su doloroso precio con la existencia de la sensible rubia.

Si ella hubiera podido disponer de aquella vida, le hubiera fijado un plazo y después otro para su terminación, y los habría prorrogado muchas veces, interminablemente, porque en el fondo prefería vivir de una esperanza que levantar el edificio de su felicidad sobre el cadáver de su amiga. Una noche, Elías, que se había quedado dormido en el cuarto solitario de la enferma, sobre el rústico baúl colocado al pie del lecho, se despertó sobresaltado al sentir los bruscos estremecimientos de la puerta que el panpero castigaba reciamente. Caminando en punta de pie se acercó á la cabecera de la

cama como tenía por costumbre. Feliciano parecía dormir, pálida como siempre, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Las guedejas ensortijadas, y sinuosas de su cabello rubio se unían en la almohada formando una masa blanda y esponjosa, y se separaban en sus hombros como serpientes, desde donde unas iban á perderse en los pliegues de su bata sin festones, y las otras á ocultarse bajo la blanca sábana que cubría la mitad de su pecho. Elías inclinó su cuerpo y la besó como lo hacía siempre silenciosa y delicadamente, rozando apenas con sus labios la frente de la enferma.

Sintió frío en sus labios, él, que creía besar una frente caldeada por la fiebre, y extrañado proyectó sobre el rostro de Feliciano la mortecina luz del candil que chisporroteaba en un ángulo de la pieza.

Una masa informe de sangre coagulada, mal encubierta por la teñida ropa de la cama que con sus manos crispadas parecía querer desgarrar, Feliciano descansaba sobre el pecho de ésta. También dos hilos bermejos de fibrina que salían de sus fosas nasales, reunidos en la boca, habían formado en ella una red de finas hebras sanguinolentas que ataban sus labios descoloridos, desde entonces condenados al silencio eterno. Elías quedó al principio atontado, demudada la faz y los ojos desmesuradamente abiertos, mirando á la muerta que parecía sonreír. . . después llamó (pero sigilosamente: no había que interrumpir el sueño de la enferma); y más tarde, de cuéjillas, recostado al rancho, en cuyos aleros entonaba una canción funeraria el viento rumoroso, lloraba lágrimas ardientes.

Solozaba hondo; sus sollozos eran una nota triste en aquel nocturno concierto de sonidos, en el que tomaban parte con su susurro misterioso el viento; con su fatídico canto las lechuzas; los árboles con su selvático rumor; y con el batir zumbido de sus alas poderosas, algún fúnebre cuervo que cortaba las sombras grazneando lúgubremente.

JOSÉ IRURETA GOYENA.

[Concluirá.]

## JESÚS

Brillan, tristes, los cirios funerales  
En el altar del enlutado templo;  
Y los hombres penetran silenciosos  
Cual si fuera la casa de los muertos.

Como un ángel de luz, el sacerdote,  
Desde el grandioso púlpito sagrado,  
Describe á la compacta muchedumbre  
Los dolores del mártir del Calvario.

Tiene su voz, serena, por momentos  
La dulzura infinita de una madre;  
Y otras veces refleja poderosa  
El rugido del viento y de los mares.

Al terminar su plática solemne  
Dijo: «Orad por el Dios de los que lloran,  
El Dios que en la región de las estrellas  
Junto á la diestra de su padre mora.»

Incliné la cabeza. Los sollozos  
Brotaron de mi pecho acogojado,  
Mientras oraba ante la imagen santa  
Del mártir luminoso del Calvario.

JOSÉ SALGADO.

## IRAS . . .

(FANTASÍA)

El rugido del mar, al estrellarse furioso, haciendo añicos sus olas encrespadas en la quilla inmovible. El rumor grande, de océano, que parece salir del seno de las aguas, y la brisa que susurra, que gime estremecida en las cuerdas, cantando canciones eternas y modulando alaridos de muerte. Y allá, á lo lejos, muy lejos, en el antro de aquel cielo obscuro, fosforescencias extrañas, como resplandores vivísimos de infernales espíritus. . .

El buque, como fantasma perseguido, hiende los abismos con pavorosa velocidad; blanca espuma deja su hélice, y al rededor de sus velas, de su casco, flotan mil lamentos, mil vibraciones arrancadas al misterio. . .

De arriba, de aquella inmensidad, negra como la desgracia del proscrito, las estrellas titilan, parpadeantes, fulguraciones divinas.

El monstruo respira, y bocanadas de negro humo deja en pos, señalando su rumbo en los espacios. . .

¿Adónde va? Estremecida su cubierta, devora con ímpetu enloquecido las distancias, y las máquinas crujen bajo la presión estúpida del vapor, mientras la hélice gira, gira, hiriendo las aguas. ¿Adónde va? . . .

El marinero, sentado á proa, suspendido de una cuerda, entre el cielo y el mar, caurturrea, adormecido, aires de su país. Aquel zumbido invariable le mece como á un niño balanceado en la cuna; siente en su frente que háilitos perfumados le besan, leves, las sicnes, que las exhalaciones embriagantes de los bosques de su aldea, de nardos, de azucenas, le llegan al alma; que su novia sonriente le abraza. . .

Una racha embravecida, con oleadas terribles, sacude el buque que salta como un corcel indómito aguijoneado por acerada espuela.

El marinero despierta con lágrimas en los ojos. La brisa gime más desesperada. En el cielo amontona lobregueces la tempestad, y palpita en su seno el rayo vibrador. Las estrellas no fulguran; las aguas se revuelven, y el viento, implacable, azota las crestas de las ondas.

El buque, trepidando bajo el peso de la avalancha, con quejidos de agonía, hundido, elevado, corre sin brújula, y las máquinas, rechinando, respiran espesas bocanadas. Estremecimientos de catástrofes horribles, lo oprimen, lo azotan con vendabales desatados.

Y el marinero, en lo alto, amarrado, prendido, siente vértigos al tocar la extre-

midad del palo en las olas como montañas. Y se lastiman sus manos, y sus pies se desgarran en las asperezas de las cuerdas.

Abajo, en la bodega, hombres con el oro sobre el pecho, con terrores cobardes en la mirada, en el corazón, en las entrañas, barbotean llenos de oprobio:

—¡Salvad mi oro! Salvad mi talega, mis tesoros! . . .

Silba la tempestad iras feroces, el rayo pasa como una flecha, el relámpago ilumina con chispazos las negruras.

Y el marinero, en el extremo del palo, siente que el monstruo se hunde con espasmos colosales.

Y entonces canta, canta dichoso casi por que el fin de sus soledades, de sus tristezas infinitas se acerca veloz.

En la borda, como espectros, se aglomeran espantados los avaros, que mancharon con sus impurezas la cubierta del monstruo escupiendo maldiciones en las aguas.

—Llevadme! Llevadme!

—No podemos! Vuestro oro nos haría ir, con su peso, al fondo del mar! . . .

Se abre un caos, y el buque, con un grito estridente, desaparece, y el océano, como satisfecho, aplaca sus furiosos, y la brisa vuelve á murmurar misteriosa, mientras las estrellas brillan con pálida luz.

Los que han quedado en débiles barcas son los humildes, los que tienen ensangrentadas las manos, despedazados los pies, curtido el rostro, pero limpio, muy limpio el corazón.

MANUEL M. OLIVER.

Buenos Aires.

## VERSOS

Contraste

Orgullosa, despótica, altanera,  
Con su funesto amor me esclavizaba;  
Mirar de reina, corazón de fiera,  
Fué mi Dios y mi todo. . . ¡La adoraba!

Humilde, buena, celestial, constante,  
El alma llena de ardorosa fe;  
Mirada dulce, corazón amante,  
Me hastiaron sus caricias. . . ¡La olvidé!

Es que el destino de la vida mía,  
Formado sólo de tristeza y llanto,  
Fué adorar á quien nada me quería  
Y despreciar los que me amaron tanto.

Mi cruz

Arrastrando mi vida como arrastra  
Su pesada cadena el prisionero,  
Olvidado de todos y de todo,  
Yo siento que me muero.

Joven aún, en mi interior ya llevo  
Vacío el corazón, el alma helada,  
Y sin amor, sin dicha y sin dolores,  
No me inquieto por nada.

El mundo para mí no tiene encanto,  
Ni perfume la flor, ni arrullo el ave,  
Y es de mi vida la única esperanza  
Que esta vida se acabe.

Entretanto mi cuerpo envejecido,  
Caal satírica burla dolorosa,  
Pasearé por la tierra indiferente  
Hasta dar en la fosa.

Sobre los hombros el madero santo,  
En el Calvario, pintan á Jesús:  
¡Es más triste el martirio del que lleva  
Su cuerpo como cruz!

ENRIQUE RIVERA.

## El coronel matemático (1)

La narración que sigue, entresacada de una serio que en breve se publicará en forma de libro de lectura para los soldados de nuestro ejército, es debida á la pluma del capitán don Adolfo M. Delgado, conocido por sus trabajos en el periodismo militar.

El estudio en cuestión prueba una vez más lo dicho por alguien: las armas sustentan las letras.

La guerrera columna del batallón, que marcha por cuartas, ocupa por completo la mitad de la amplísima calle del 18 de Julio. La banda de música, á la cabeza del bizarro cuerpo, toca un alegre *paso doble* y llena el espacio de marciales acordes, siendo los vistosos uniformes y brillantes armas la admiración y el entusiasmo del inmenso pueblo que ve desfilar el batallón.

De pronto, las hileras de la derecha de la primera compañía se arremolinan, despejan rápidamente la vía y dan paso al tranway, cuyos caballos se sobreexcitan al escuchar el ruido del bombo y los platillos de la banda. El primer impulso del tiro ha bastado para quitar las riendas de manos del conductor y desarticular el freno. Las derechas de las otras subdivisiones, que se han dado cuenta del peligro, dejan á su vez libre el camino. En el instante salen, entre la multitud, gritos de terror. Á la altura de la primera cuarta de la tercera compañía ha intentado cruzar la calle un pequeño niño, un sér diminuto, de cuatro años, y trastornado por el ruido que lo envuelve, tropieza y cae en mitad de los *rails*, cuando los espantados brutos, llevando tras de sí el pesado coche, van á pasar como un torbellino.

Ya están junto al niño antes que nadie intente hacer algo por salvarlo. Las últimas divisiones del batallón, cual si fueran un solo hombre, paralizadas por el sentimiento, han hecho alto, y los soldados que las forman miran emocionados el trisísimo espectáculo.

Rápido, impulsado por la fuerza enérgica de la abnegación, el cabo que forma la hilera de la derecha en primera fila—primera cuarta, tercera compañía—se arroja sobre la víctima inocente destinada al sacrificio, la agarra por las ropas de la espalda, extiende el brazo hacia adelante y quiere librar el cuerpo de la muerte que ve encima, inevitable; y lo logra, si bien rodando sobre los adoquines niño y soldado, quien

(1) Frase con la cual caracterizan los oficiales y soldados de fila á los compañeros más instruidos u orientados, ó que han salido de los colegios militares.

recibe un golpe terrible contra el encuentro del *cadenero* desbocado.

Y entretanto los caballos y el tren, aquella tormenta de ruidos y peligros, pasa de largo, soltando su presa humana y haciendo astillas el *mansher*. El cabo se pone de pie todo sucio de polvo, levanta á la hermosa criatura y la pone en brazos de la madre, parada en medio de la calle, inmóvil.

Pueblo y soldados aplauden con frenesí, mientras la madre, el rostro apretado contra los cabellos castaños del hijo, llora y ríe á un mismo tiempo.

El batallón ha llegado al cuartel. El coronel llama al capitán ayudante, y le dice:

—El cabo Barrientos de la tercera compañía (el que salvó al niño) pasa arrestado al cuerpo de guardia, por abandonar las filas y perder su fusil.

El oficial se sorprende, quiere decir algo; pero, á una seña imperiosa de su jefe, marcha á cumplir la orden.

¡Asombro intenso en todo el batallón!

¡Qué! el acto heroico del cabo Barrientos, es recompensado por el coronel con el arresto?

Eso no está bien indudablemente; acusa por parte del jefe una rigidez militar no común. El caso presente sale de la regla, no puede ser castigado, y por el contrario el cabo Barrientos se ha hecho acreedor á un premio, salvando á una criatura de la muerte horrible á que estaba condenada. ¡Y sin embargo, el coronel lo ha pasado preso al cuerpo de guardia!

La noticia se ha transmitido por todos los dormitorios y habitaciones del cuartel. No la ignora nadie, desde el mas pequeño tambor de la banda lisa hasta el capitán de la segunda compañía, el de la derecha del batallón.

Se forman grupos, se murmura, y todos están contestes en que—dejando á un lado la ordenanza—el coronel ha sido arbitrario, injusto, todo cuanto se puede ser.

¡Y pensar que apenas hace dos días que ese jefe ha venido á mandar el Cuerpo!

¡Si estuviera el antiguo coronel! Éste hubiera inmediatamente concedido licencia por una semana al cabo Barrientos y regalado dos ó tres pesos, pero el nuevo jefe. . .

¡Tacaño!

Al día siguiente se compraron en el cuartel, por lo menos, quince diarios de la mañana, los cuales, de mano en mano, recorrieron todas las del batallón. Los periódicos relataban el suceso del día anterior, vitoreando al cabo cuyo nombre ignoraban y terminando por felicitar á este militar por su hermoso rasgo de valor y humanidad, al jefe en tal carácter y al cuerpo por contarlos entre sus filas.

¡Sí, ya podían felicitar al pobre Barrientos, preso en el cuerpo de guardia!

¡Y al batallón? ¡Á éste también por tener aquel jefe!

Á la tarde, los diarios de esa hora sabían el nombre del cabo y lo aplaudían á su vez al mismo tiempo que á su jefe y al batallón. Pero ahora no eran quince; sino treinta ó cuarenta las hojas de publicidad que se le-

yeron y relevaron cien veces y aumentaron la animosidad que empezaba a desperdarse en los subordinados contra el superior.

¡Vaya un jefe matemático!

Se esperaba el toque de asamblea con impaciencia, creyéndose que se pondría en libertad al cabo Barrientos. Esto era segurísimo; así al menos lo creía todo el batallón.

Pero, llegaron las nueve, se relevó el servicio, se dieron las novedades al jefe, y éste no tomó al respecto disposición alguna.

Aquello era demasiado, y así lo dijeron varios oficiales en un grupo, y tres clases y diez soldados entre la tropa.

¿Creería el flamante coronel que podía hacer lo que le diera la gana?

Que tuviera cuidado, porque... ¡no le valdrían las matemáticas!

Ahora sí que no había duda, el cabo Barrientos sería puesto en libertad al toque de llamada a la lista de la tarde, pues además de que los periódicos adelantaban la idea de un premio al valiente soldado, y esas opiniones no podrían menos que convencer al jefe ordenancista; éste, al pasar por el cuerpo de guardia, había entrado en él y visto forzosamente al cabo, si bien no le dirigió la palabra.

Era cosa resuelta: el cabo Barrientos sería puesto en libertad a la lista de tarde.

¡De buena escaparía el matemático ordenancista y flamante coronel!

Pasó la llamada, y, contra todas las previsiones, el cabo Barrientos continuó en prisión.

¿Se temía algún movimiento subversivo para derrocar al Gobierno?

¿Se trataba de algo muy grave? Era difícil decirlo, pero lo cierto fué que los oficiales de semana tuvieron una reunión en el cuarto de uno de ellos, después de las diez de la noche, a la que asistió el comandante de cuartel.

Los oficiales francos conforme volvían de sus licencias conferenciaban largamente con los de guardia, y todos parecían estar de acuerdo en algo. ¿Qué era ello?

La tropa de servicio, por su parte, en un grupo a la puerta del cuartel, se pasó toda la noche conversando en voz baja, y si hubiera sido posible oír algo de lo que decían los soldados, asombraría conocer que amenazaban enojados. ¿A quién?

En los dormitorios no se ignoraban seguramente los acontecimientos, ya que, a eso de las dos y media de la mañana en uno, y antes o después en los otros, se habían ido recordando varias clases y soldados, quienes despertaron a muchos compañeros; y en un rincón de la sala, en la semi-oscuridad, cuchicheaban con calor y ademanes descompuestos. ¿Por qué se infringía el reglamento interno, permitiéndose soldados levantados, y lo que era más grave en grupos, después del toque de silencio?

¡Misterio!

La banda lisa está tocando asamblea, y ¡cosa extraña! todos los oficiales se encuen-

tran reunidos cerca de la Mayoría y la tropa asomada a la puerta de los dormitorios demuestra cierta impaciencia curiosa.

¿Qué esperan?

Termina la asamblea, se releva el servicio y el ayudante después de recibir las órdenes del coronel se junta al grupo de oficiales.

—¿Hay novedad?— le interrogan apresuradamente.

—Ninguna de importancia— responde el ayudante— el cabo Barrientos continúa preso, si bien pasa en comisión a su compañía para la formación de esta tarde a las cinco.

Los oficiales se retiran sin contestar, fruncidas las cejas y apretados los labios.

Más tarde, cuando un soldado se acercaba a otro, le decía rápidamente:

—¡A la lista de tarde!

Y esta frase fué conocida inmediatamente por las dos terceras partes de las plazas del batallón.

¿Qué significaba?

Vamos a decirlo.

La conducta del nuevo jefe, manteniendo arrestado al cabo Barrientos, había ido enagenándole, ya que no las simpatías, pues no tenía ninguna a su favor, el respeto debido a su jerarquía militar. Sus subordinados murmuraron al principio, se complotaron después y ese era el momento en que se aprestaban para amotinarse no bien se tocara dispersión a la lista de la tarde.

Y la gravedad del caso estaba en que era unánime la decisión de mostrarle al coronel que el batallón desaprobaba su proceder excesivamente rígido, sin precedente en el cuerpo y que, en el motín en perspectiva, tomaría la mejor parte la oficialidad en masa.

¡Ah! Aquel jefecito se había dormido sobre sus galones y creyó que con llegar al cuerpo, reunir los oficiales y decirles: *Espero, señores, que seremos tan amigos como compañeros*— y a la tropa— *Mis soldados encontrarán en su coronel, si bien un superior rígido en el cumplimiento de las ordenanzas, un amigo fuera de ellas*— con decir eso, repito, ¿se creería aquel matemático de coronel que podía permitirse la libertad de acción que quisiera?

Y por eso había puesto preso al cabo Barrientos en lugar de premiarlo, y no ordenaba su libertad a pesar de las ideas del batallón y de la prensa!

Un momento más, que llegara la lista de la tarde y ya vería el brillante coronelillo, a los hombres que se había atrevido a mandar. No en vano habían estado durante cinco años a las órdenes de otro coronel, quien premiaba siempre, así fuera la acción más heroica de sus soldados como la más insignificante, con unos cuantos reales y varios días de licencia.

¡Aquél, sí, era un buen jefe; pero éste!

Son las cinco de la tarde, y el batallón, limpio, correcto, está formado en batalla en la plaza de armas del cuartel. El coronel a caballo a su frente, llama al capitán ayudante, le da una orden y manda con vez clara y enérgica:

—¡Al hombre!

¡Ar!...

Los soldados obedecen.

El ayudante se para en mitad de la extensa plaza de armas, hace salir de filas al cabo Barrientos, le coloca a su lado, manda a un viejo sargento de órdenes que se sitúe detrás, saca del bolsillo interior, desabotando la blusa, un papel, y lee:

—Adición a la orden del cuerpo. ¡Que el coronel se atreva a rebajar, a quitarle sus ginetas al cabo Barrientos, al heroico soldado, al abnegado militar, al valiente mozo, por la forzosa necesidad en que se vió de soltar su fusil y abandonar las filas!

¡Si no fuera por que el momento señalado para el motín ha sido el del toque de retirada, ya vería aquel jefezuelo que estaba allí, a caballo, serio, con los mostachos simétricamente retorcidos, ya vería, repito, cuántas son cinco!

El ayudante entretanto leía:

Artículo 1.º—El Excmo. señor Presidente de la República, Jefe superior del Ejército, enterado de la nota pasada al Estado Mayor por el coronel jefe del Batallón de Cazadores N.º... donde se comunica el acto heroico del cabo 2.º de la tercera compañía, Miguel Barrientos, salvando con peligro de su vida la de una inocente criatura, dispense:

1.º Entregar al cabo Barrientos la cantidad de cien pesos a título de gratificación.

2.º Concederle las escuadras de sargento 1.º como justo premio a su abnegación y valor personal.

Artículo 2.º—1.º El jefe del cuerpo ha conseguido pasaje y licencia por un mes a favor del sargento Barrientos para que pase a saludar a su familia, residente en el Departamento de Río Negro.

2.º Queda en libertad el sargento Barrientos del arresto aplicado por abandonar las filas y perder su fusil.

Artículo 3.º—Entérese el batallón en la orden del cuerpo.

El Coronel.

A todo esto el viejo sargento de órdenes desprendía las ginetas al cabo Barrientos y se las cambiaba por unas hermosas escuadras de sargento 1.º, diciéndole:

—Regalo del coronel.

¿Qué hacía entretanto el batallón? ¿no había oído que el coronel mandaba:

—¡Flanco derecho doblando!

¡Deré!...

Pues bien, no, no habían oído, al menos las dos terceras partes de la tropa y casi todos los oficiales. Habían quedado firmes en sus puestos, los ojos desmesuradamente abiertos, los rostros asombrados, los miembros temblorosos de vergüenza; fué necesario que el coronel ¡aquel matemático! gritara de nuevo con voz irresistible:

—¡Batallón!

¡Flanco derecho doblando!

¡Deré!

¡Paso redoblando!

¡Mar!...

Y mientras más de un oficial y un soldado desahogaban el pecho de su opresión momentánea por medio de un suspiro hondo y enjugaban tal vez rápidamente, con el dorso de la mano izquierda, una traidora lágrima temblorosa entre el poblado bigo-

te, el batallón, marcial cual nunca, salía del cuartel, y allá iba, al compás de una guerrera marcha, sembrando entusiasmos y envuelto en armonías y colores.

El batallón ha llegado al lugar donde el cabo Barrientos realizó su bella acción, y el coronel lo manda formar en batalla. Numeroso pueblo ocupa las veredas.

El jefe desmonta, hace salir de filas al sargento Barrientos, lo manda poner firme frente a la línea, y dice al batallón:

—¡Soldados!

Los ciudadanos que el otro día presenciaron el arrojó de nuestro compañero el sargento Barrientos, han querido demostrar á éste, por medio de un recuerdo que pueda usar en público, el mérito de su acción y las simpatías que con ella se ha captado entre el pueblo. A ese fin y por suscripción se le mandado grabar una medalla alegórica que se me ha entregado esta mañana por una comisión de distinguidos señores, medalla que yo, vuestro jefe, tengo el placer de colocar en el pecho de un valiente.

Y diciendo así, el coronel prende sobre el corazón del sargento Barrientos, que está pálido y trémulo por la nerviosidad, una hermosa medalla de oro.

El público impresionado por tan simpático espectáculo, se electriza y grita:

—¡Viva el sargento Barrientos!

El batallón le contesta:

—¡Viva el pueblo!

Y juntos pueblo y soldados:

—¡Viva el coronel!

—Señores, responde éste, ya á caballo y haciendo con la espada el saludo militar:

—¡Viva la patria!

Y entre los vivas y los aplausos se oye de nuevo su voz enérgica!

¡Batallón!

¡Por cuartas en columna a la derecha!

¡Paso redoblando!

¡Mar!...

Y mientras la banda de música rompe con el *paso doble* que tocaba cuando el incidente del niño salvado por el sargento Barrientos, un soldado viejo, del Paraguay, veterano incorregible, que va formado en primera fila de la última cuarta, se acerca al oído de su compañero de la izquierda, y le habla con voz que él cree ruda, pero donde se adivinan los temblores de la emoción:

—¡Qué te decía yo del matemático!

ADOLFO M. DELGADO.

## BRIZNAS

COQUETERÍA SUPREMA

Su coquetismo es tal que bien daría la gloria, que ella tiene asegurada, por que su faz no quede demudada en el trance fatal de la agonía.

MÁQUINA VITAL

Que es el hombre automático sujeto lo patentiza el dar la preferencia, en cuestiones sociales, al respeto, y en punto cerebral, a la creencia.

INVERNAL

Al soplo de la vida y sus amaños,  
sin que logre impedirlo todo esfuerzo,  
se marchitan los años,  
cual flores agostadas por el cierzo.

PANDEMÓNIUM

Del alma religiosa nació la hipocresía,  
la ciencia de la duda, del vicio la virtud;  
que todo en la existencia vincúlase y alía,  
como en la tumba fría  
la vida con la muerte, la cuna y ataúd.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

## TRATADOS

Es de una realidad incontestable, que de todos los puntos tratados por el Derecho Internacional Público, ninguno sin duda alguna tiene en la práctica mayor importancia y trascendencia que aquel que se ocupa del estudio de los Tratados Internacionales, pues ellos regulan la norma de conducta a que deben someterse las naciones en los múltiples y variados conflictos a que necesariamente dan margen sus diversos y encontrados intereses comerciales y jurídicos, difíciles de conciliar en la generalidad de los casos.

Numerosas son las definiciones que han dado los tratadistas acerca de las obligaciones que, á semejanza de los individuos, contraen los Estados entre sí; pero pocas de ellas, según vamos á ver, reúnen las condiciones que para ser exactas establece el célebre aforismo latino al decir que la definición debe abarcar todo y sólo el definido, *omni et soli definitio*.

En efecto, para Hugo Grocio los tratados son convenciones. Para Martens son también convenciones, pero establece además la condición de que se celebren entre naciones y por medio de enviados diplomáticos. Según Bello, todo tratado es un contrato entre naciones. Y por último, Fiore y el Dr. Pérez Gomar establecen, el primero, que el tratado es un convenio entre dos ó más Estados, llevado á cabo con el fin de crear mediante el consentimiento recíproco una obligación, y resolver otra ya existente ó modificarla; y el segundo, de una manera análoga, que los tratados son negociaciones internacionales que tienen por objeto obligar ó desobligar de un modo especial á las naciones que las llevan á cabo por medio de sus autoridades competentes ó de sus agentes caracterizados.

Por lo que respecta á las dos primeras definiciones, adolecen ellas de un grave defecto, cual es establecer que los tratados son convenciones, sin decirnos lo que se entiende por convención. Los contratos son también convenciones, y para el que ignore lo que es esta última, resultaría que tratado y contrato serían una misma cosa, lo cual no puede admitirse en manera alguna.

La otra definición, ó sea la de Bello, al decir que es un contrato entre naciones, viene á confundir en una misma categoría las obligaciones diversas que surgen necesariamente cuando se trata de un tratado

ó de un contrato, y, por consiguiente, es inadmisibles.

En cuanto á las dos últimas, las de Fiore y el Dr. Pérez Gomar, salvo diferencias de palabras vienen á expresar el mismo pensamiento, siendo ellas exactas, puesto que nos dan una idea completa de lo que debe entenderse por tratado, abarcando al mismo tiempo todos los casos que en la práctica pueden presentarse.

Después de haber estudiado algunas de las definiciones que sobre los tratados se han dado, tócame examinar ahora las condiciones y requisitos que éstos deben tener y sin los cuales, ó bien el tratado aunque incompleto subsistiría mientras las partes no pidieran su anulación, ó por el contrario éstos no tendrían una existencia jurídica. De estos requisitos el más esencial quizá es el que establece como condición indispensable el que los tratados sean celebrados entre Estados.

Como dice Fiore: «no podrá considerarse como tratado el pacto entre un gobierno y un particular, ó el concluído con un príncipe destronado ó entre personas que, aunque revestidas de la soberanía, tratasen de sus intereses personales: ni tampoco los acuerdos celebrados con el Jefe de la Iglesia, ó sean los concordatos.»

La razón de que éstos actos no puedan considerarse como tratados la encontramos en la definición misma de éstos que exige, para su existencia, que sean los Estados quienes los inicien y concluyan, desde que su interés es colectivo, y en manera alguna los particulares cuyo interés es únicamente individual y que sólo pueden por consiguiente realizar contratos.

Pasemos ahora al estudio de los requisitos que, si son necesarios para que un tratado pueda considerarse perfecto, la falta de ellos no hace ineficaz á éste mientras una de las partes no pida su anulación y se declare bien fundada esa reclamación.

Estos requisitos son: primero, la capacidad de las partes, segundo, su consentimiento, y tercero, el objeto lícito y conforme con los principios del Derecho Internacional.

*De la capacidad.* Es uno de los atributos esenciales de la soberanía el derecho de negociar y celebrar tratados, y por consiguiente, tendrá ese derecho toda nación libre que sea considerada persona por el Derecho Internacional; sentada esta premisa, se deduce como consecuencia lógica que el pueblo vasallo ó que viva bajo el protectorado de otro carecerá por completo del derecho de tratar. ¿Es esta conclusión exacta? No en todos los casos, y un ejemplo de ello lo tenemos en los Estados confederados germánicos que podían celebrar tratados de alianza y de comercio, á pesar de no ser personas jurídicas.

¿De qué depende entonces el que un pueblo sometido al protectorado pueda ó no contratar válidamente con otro? Depende á mi modo de ver de la manera cómo se haya repartido entre el protegido y el protector el derecho de soberanía; pues si éste le ha acordado al primero la facultad de tratar libremente, su soberanía subsiste en cuanto á ese derecho y podrá por consi-

guiente obligarse válidamente con otras naciones; si, por el contrario, el Estado protector se ha reservado ese derecho negándosele al protegido no será entonces ese Estado soberano ante el Derecho Internacional, y sólo al protector le corresponderá celebrar los tratados que se refieran al protegido.

Resuelta ya esta cuestión, veamos ahora si tienen ó no capacidad para contratar los Estados que forman una confederación. A este respecto creó fundadas las siguientes observaciones de Fiore. «Es necesario tener en cuenta, dice este autor, si la personalidad internacional pertenece ó no por completo á la Unión ó si conserva cada Estado la suya con el mismo título que aquélla. Si hubiere como sucede en ciertos Estados federativos dos soberanías y dos personalidades, la del Estado central y la de los particulares, ejercidas con el mismo título y cada cual en los límites de su competencia, según se trate de asuntos de interés común ó de interés especial, en tal caso deberá admitirse una doble capacidad dentro de los límites fijados por la ley constitucional. Podrá suceder, sin embargo, que la capacidad de cada Estado no sea íntegra por sí misma, sino que deba ser completada por el poder central, en el caso que, según el pacto constitucional, se haya atribuido á dicho poder central la competencia especial de vigilar y autorizar á los Estados confederados para concluir tratados». Estableceremos, pues, para concluir que todo Estado que ante el Derecho Internacional sea una persona deberá considerarse capaz, y que en los Estados compuestos, tanto los Estados particulares, cuanto el general que resulta de su unión, deben considerarse también capaces para tratar internacionalmente dentro de los límites establecidos por el pacto constitucional. Sentado esto, vemos que sólo á las personas que representen al Estado les corresponde el derecho de celebrar tratados, desde que éste como entidad política no puede en manera alguna verificarlo; la verdadera cuestión está, pues, en saber quiénes son esas personas que pueden á nombre del Estado contraer obligaciones que reúnan para ser válidas las condiciones exigidas por el Derecho Internacional. Siendo, como he dicho anteriormente, un atributo derivado de la soberanía el derecho de celebrar tratados, natural y obvio es que serán capaces para contratar válidamente á nombre de esa entidad política, todas aquellas personas á quienes esté confiado el poder soberano. En efecto, en las monarquías absolutas es al rey á quien corresponde ese derecho, porque en él es en quien está radicado el poder soberano, pero en las monarquías representativas, si bien ese derecho corresponde también al Jefe de la nación, es necesario en algunos casos para que los tratados obliguen al Estado, que vayan firmados por un ministro responsable ó que hayan sido aprobados y ratificados por las Cámaras legislativas. En las repúblicas es al poder Ejecutivo á quien corresponde celebrar tratados, pero necesitan para su validez la aprobación de una ó de las dos ramas del poder legislativo. Todo depende, pues, de lo que disponga la Constitución

del Estado en este punto. En unas es necesaria la aprobación de las Cámaras para la validez de los tratados; en otras se limita esa aprobación á los contratos que traen alguna carga ó la cesión de una parte del territorio, y otras Constituciones, por fin, exigen solamente la comunicación para el conocimiento de éste á las Cámaras sin que dependa la existencia del tratado de la aprobación ó reprobación de ellas. Veamos lo que o disponen al particular las Constituciones de varios países conocidos.

ARTURO PUIG.

[Continuará]

## MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA

Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional  
Pública de la Universidad de la República

[Continuación]

El tribunal empezó sus trabajos en 1871. Los hechos relativos á cada navío debían ser apreciados de antemano. Cada árbitro debía oír y por escrito y podía modificar su opinión hasta la decisión definitiva, la cual debía ser con expresión de motivos. Después del examen de los hechos, el tribunal fijaba la suma que el Estado responsable debía condenar á pagar. Al fin de largas sesiones y de un estudio mesurado de la cuestión, dictaron su sentencia; ésta se dividía en dos partes: la primera comprendía la exposición de los principios, según las tres reglas del primitivo compromiso; la segunda distinguía tres grupos de navíos y regulaba los puntos contenciosos que les concernía. Después de extenderse en una larga serie de considerandos, condenaban á Inglaterra á pagar de una vez á los Estados Unidos la suma de quince millones y medio de pesos oro. Sólo cuatro árbitros firmaron la sentencia: el conde Schlappe, Jacobo Staempfli, el barón de Ytaywaba y Carlos Adams. Alejandro Cochkurum negó su firma, pero presentó una voluminosa memoria, al fin de la cual aconsejaba al pueblo inglés que cumpliera la sentencia, con la sumisión y respeto debidos á la decisión de un tribunal cuyo fallo había consentido libremente en aceptar. En mayo de 1873 la Cámara de los Comunes votó una indemnización de £ 3.200.000 para ser pagadas á los Estados Unidos por el asunto de Alabama.

Este caso célebre de arbitraje ha merecido una insistencia particular en esta conferencia, por la gran repercusión que sus conclusiones importaron al derecho marítimo y á las obligaciones de los neutros por él claramente definidas. Quedará por largo tiempo como un recuerdo honroso para ambos países y como un ejemplar digno de imitación para los demás Estados.

Ese arbitraje especial estimuló el celo de los amigos de la paz y mostró que dos naciones poderosas podían ser bastante dueñas de sí mismas, bastante razonables; en una palabra, bastante civilizadas para preferir el arbitraje al recurso de las armas.

Las tres reglas del tratado compromisorio de que se ha hablado marcaban clara-

mente á primera vista la condenación de Inglaterra, de una manera casi inevitable. Ella, pues, tuvo un gran mérito en aceptar un compromiso cuyo resultado debía serle desfavorable. Ella practicó la doctrina del interés bien entendido, dejando á un lado la vanidad nacional. En honor suyo debemos decirlo.

En la evolución contemporánea se perciben dos géneros de movimientos contrarios que la caracterizan: el movimiento de acercar á los pueblos elevándolos progresivamente á un nivel de civilización superior, y el movimiento de alejarlos por rivalidades nacionales. El arbitraje es un instrumento de paz, que trata de dificultar los alejamientos; su objeto es trazar las dificultades entre naciones de otra manera que por la fuerza; su fin inmediato, su objeto indirecto es hacer de la paz el estado normal y de cosmopolitismo de los Estados. M. Goldsmith ha presentado un célebre proyecto de procedimiento arbitral al Instituto Internacional de Ginebra, perfecta y minuciosamente comentado, el cual ha sido votado por gran mayoría. El proyecto se divide en cinco partes: Conclusión del compromiso; formación del tribunal arbitral; procedimiento ante ese tribunal; sentencia arbitral y recursos contra la sentencia.

En ese proyecto no se ha descuidado ninguna precaución para el éxito formal y digno del procedimiento. Todo está previsto, á fin de dificultar las argucias de la apreciación, arma de fuerza para las naciones mal intencionadas. Es un progreso evidente el ver que del quimérico plan de la paz perpetua de otros tiempos, impuesta, puede decirse, porque se miraba como enemigos á los que no entraban en él, hoy se ocupan de planes de paz, por medio de arbitrajes especiales, para cada caso, á fin de hacer más imparcial al árbitro, elegido por el mutuo convenio de los litigantes y que el uso frecuente de ese procedimiento lo introduzca en el rodaje de la práctica internacional. La utilidad de esos proyectos especiales, por otra parte, es contingente y relativa hoy en día. Los redactores de los compromisos pueden servirse unos y otros de cada obra para completar y revisar sus proyectos; pero lo que debe dirigirlos es el deseo del acuerdo, la confianza recíproca de los Estados y el buen sentido de los gobernantes con el apoyo decidido de los gobernados.

Esa es la condición para que el arbitraje sea un hecho.

EMILIO A. BERRO.

[Continuará]

## Conferencia sobre la neutralidad

[Continuación]

II

Los Estados de vasta extensión territorial nunca han sido tan avanzados como las nacionalidades reducidas, en la propagación de los anhelos liberales. Ni es en las áridas estepas de Rusia, ni es en las regiones de la China, ni es entre las interminables sel-

vas brasileñas, donde ha bullido con mejores arranques el ideal de libertad, que, si en la actualidad y refiriéndolo á nuestra infortunada tierra, vaga errante por la hospitalaria playa argentina, como acepción científica ha fermentado con palpaciones luminosas aquí; ha tenido la misma honrosa consagración en las pequeñas sociedades de la Alemania, en tiempos remotos, y ofrece un ejemplo irrecusable de verdad en ese Japón moderno, consolidado, fuerte por esfuerzo exclusivo, en las lejanías del mar Amarillo.

Las grandes nacionalidades de la antigüedad no pudieron ser excepción á esta regla de apariencia caprichosa, aunque de fácil justificación. De sus entrañas fecundas y bien fundidas surgieron pueblos nuevos y brotaron con ellos enseñanzas que habían de consagrarse como adelantadas al calor de aspiraciones y vehemencias más concretas. Aunque la necesidad entró por mucho en este perfeccionamiento de un concepto todavía vaporoso é indefinido, es indiscutible que á los pueblos del Rhin corresponde el honor de haber dado contorno y significación al principio de neutralidad.

Los juegos de artificio se resuelven en deslumbradora lluvia de chispas, y algo semejante sucedió con el Imperio de los Césares, cuando caducó su integridad política. Se improvisaron innumerables entidades sociales, cuyas perpetuas rivalidades y choques guerreros perjudicaban de manera inquietante la estabilidad de las clases conservadoras.

La burguesía, lastimada en sus intereses más vitales, quiso dar carácter efectivo á su prescindencia, regocijada á la vez de esas disensiones crónicas que gastaban el señorío de los nobles. Ahí está el punto de arranque de la Liga Anseática y de esa posteriormente formidable Confederación del Rhin. Esa actitud diplomática habla con ejemplo viril. Paulatinamente las relaciones de inferior á superior son sustituidas por las relaciones de igual á igual. «Será necesario que me detenga, para que os convenzáis del cúmulo de beneficios agregados en este y en todos sentidos, por el descubrimiento de ambas Américas, piedras preciosas superiores, que ostentan vetas tan magníficas como el Mississippi y el Plata coreados en la hora de sus rumorosas sinfonías por las voces apocalípticas de cascadas colosales que se llaman aquí Tequendama y allá gran Niágara? «Habrá mérito en recordar á los espíritus ilustrados que me escuchan, la significación avasalladora del Renacimiento, ni que mi pluma se detenga para exhibir al desnudo las lacras ulcerosas de ese Papado que la propaganda bienhechora de Martín Lutero cauterizó en parte, haciendo respirar al mundo cristiano la atmósfera de ideales renovados?»

No; condensemos el significado evidente de ese paso progresivo diciendo, con Charles Vergé, que un nuevo principio surgía: el de la soberanía de cada Estado puesto bajo la garantía efectiva de todos los demás.

III

El justamente famoso tratado de Westfalia pone término á las guerras de religión, mina el predominio político de la fastuosa

## LA PRENSA Y LA "REVISTA NACIONAL"

(Véanse los números 25 y 26)

Revista Nacional.—Ha entrado en su segundo año de existencias la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES que aparece en Montevideo bajo la inteligente dirección de los conocidos literatos uruguayos Carlos Martínez Vigil, José E. Rodó, Daniel Martínez Vigil y Víctor Pérez Petit.

El número 21 de la aludida publicación, con el que cierra su primer tomo, contiene materiales todos de gran valor literario, suscritos por firmas ilustradísimas.

Por hoy nos limitamos á reproducir el sumario del número 21 de esa REVISTA, haciendo los más sinceros votos de prosperidad por aquella publicación, bajo todo concepto una de las más importantes en su género, de la América del Sud.

He aquí el sumario:

(La Prensa, Salto).

La «Revista Nacional».—Nuestra opinión.—Hemos recibido un número extraordinario de este interesante colega, con el que cierran sus redactores el primer tomo de la publicación, y conmemoran el primer año de su vida periodística.

Bajo todos conceptos merece conocerse el referido número. Consta de doce hojas de nutrido y selecto material de lectura, y de índice á dos tintas en el que se anotan por orden alfabético los nombres de los numerosos colaboradores del colega en el año transcurrido.

Nos damos cuenta exacta de la labor y del caudal de constancia,—casi diríamos de energía y firmeza de propósitos—que significa ese capital literario que se ha asimilado la dirección de la REVISTA NACIONAL.

La época es de positivismo, positivismo impuesto por las exigencias materiales de la vida, cada día, mayores, y por la tendencia egoísta que se observa en nuestra generación para todo lo que sólo puede enriquecer el espíritu, sin producir el tanto por ciento al año, objetivo de mira de nuestros esfuerzos y de nuestros afanes.

Debemos partir de esta consideración—tan verdadera como desalentadora—para apreciar el mérito de toda iniciativa con tendencias nobles y desinteresadas, y para encomiar como se merece la constancia exigida, por el medio ambiente en que nos agitamos, si se quiere hacer viable una empresa que no encarne otro ideal ni aspire á otra recompensa que el cultivo de la inteligencia simplemente por amor al arte y á la ciencia.

La REVISTA NACIONAL ha realizado esa obra, porque vivifica el ardor indispensable para allanar obstáculos y vencer dificultades,—el entusiasmo de espíritus jóvenes, alentados por aspiraciones nobles y levantadas.

Ellos han podido cimentar sólidamente la empresa, porque poseen cualidades que raras veces se aúnan; sólida preparación intelectual, en la época de la vida en que los porrazos de la mala suerte y el egoísmo humano no han rozado los sentimientos ni formado en ellos la corteza del escepticismo y el desaliento.

Una publicación literaria que llega á un año de vida teniendo un brillante grupo de más de cien colaboradores, tiene larga existencia asegurada. Por eso hemos dicho que los directores de

LUIS ALBERTO DE HERRERA.

[Continuará.]

la REVISTA tiene sólidamente cimentada su empresa.

Les enviamos á los ilustrados y estimados colegas el caluroso aplauso que han conquistado en buena lid, no sólo por la excelente publicación que han creado si que también por las relevantes pruebas de fino gusto literario de que han dado prueba al seleccionar los trabajos publicados.—(*La Propaganda*, Dolores).

**Revista Nacional.**—Hemos recibido el número 24, último del primer tomo de la REVISTA NACIONAL, de Montevideo, una de las publicaciones más serias y mejores de la América del Sur, así por la selección de sus materiales como por el justo renombre de que goza dentro y fuera de la vecina República.

Baste decir que en un año que lleva de existencia, más de cien firmas conocidas han cimentado su reputación con trabajos inéditos, algunos de un mérito verdaderamente excepcional.

Bellas páginas de crítica alternan con las producciones literarias de Leopoldo Alas, E. Gómez Carrillo, Clorinda Matto de Turner, Ricardo Palma, Abraham Z. López-Penha, Roberto Huneus, Leopoldo Díaz, Constantino Becchi, Víctor Arreguine, Juan Carlos Blanco, Ramón de Santiago, José Enrique Rodó, Daniel y Carlos Martínez Vigil, Guillermo P. Rodríguez, J. Francisco Piquet, Carlos Reyles, J. Sierra Carranza, principales colaboradores de la REVISTA NACIONAL.

Publicaciones de esta índole son honra del país que las cuenta y contribuyen de manera eficaz á crear el culto de las letras, tan decaído al presente. Los jóvenes Martínez Vigil, José Enrique Rodó y V. Pérez Petit, directores de la REVISTA, son dignos de aplauso por el esfuerzo estético y la provechosa labor que su obra representa.—(*La Nación*, Buenos Aires).

**Aniversario.**—Ha cumplido un año de existencia nuestro distinguido y apreciable colega la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, de Montevideo, publicación de indiscutible importancia que redactan los conocidos caballeros Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó.

Su número 24, que ha visitado nuestra mesa de redacción, trae en sus veinticuatro páginas tan escogido, selecto y variado material de lectura, que sin duda el espíritu más exigente nada podría decir.—Aparte de las numerosas poesías y artículos literarios de gran mérito, registra en sus columnas la continuación de conferencias sobre Derecho Internacional de los bachilleres Emilio A. Berro, Rafael Gallinal y Arturo Ramos Suárez, en que estos caballeros tratan puntos de palpitante interés y actualidad como: De las personas en el Derecho Internacional, la propiedad territorial en el Derecho Internacional y Medios de prevenir la guerra.

Sentimos de veras no poder dedicar á su lectura todo el tiempo que deseáramos y que por cierto merece.

Muchos más años de vida próspera cumpla el colega.—(*Ciencias y Letras*, La Plata).

**Revista Nacional.**—Mencionamos especialmente esta REVISTA que recibimos en canje.

Ella se edita en Montevideo; ha cumplido su primer año de existencia, y periódicamente se nota su progreso.

Del último número es la transcripción que publicamos; y él contiene producciones de varios autores conocidos y autoras del Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, etc.

Es una REVISTA que reúne conjuntamente lo ameno con lo grave, lo útil con lo agradable, la literatura con la ciencia.

Tiene versos buenos y hasta muy buenos, estudios críticos, sátiras, cuentos, traducciones de Horacio, disertaciones históricas y de ciencias sociales.

Llama la atención la factura general de la REVISTA, cuyos materiales dan una idea general del ambiente intelectual que respira la juventud uruguaya. Son sus redactores Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó.—(*Corrientes*, ciudad de Corrientes).

La REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES que se publica en Montevideo, continúa en el pie brillante de siempre. El último número trae un escogido material de historia americana, de literatura y ciencias.—(*Revue Illustrée du Rio de la Plata*, Buenos Aires).

## SUETOS

El conocido publicista chileno señor Pedro Pablo Figueroa, autor de la brillante carta que en el presente número se publica, nos ha favorecido con un trabajo literario sobre el crítico y literato cubano Manuel de la Cruz, recientemente fallecido, que engalanará las columnas de la REVISTA en el próximo número.

Asimismo el señor Figueroa se ha dignado obsequiarnos con sus libros *Un poeta indígena*, estudio relativo al celebrado poeta Ignacio M. Altamirano; *Problemas americanos*, opúsculo escrito con motivo de temas de actualidad; *La librería en Chile*, monografía histórico-bibliográfica sobre el desenvolvimiento librero de su país; *Historia de Francisco Bilbao*, magnífico estudio analítico que sirve de introducción á la edición de las obras completas del ilustre y llorado filósofo chileno, en quien un popular pensador francés veía el Washington de la democracia sud-americana.

Con el título de *Rasgos de una vida laboriosa*, el señor Jorge Octavio Atria M. ha publicado un boceto biográfico y bibliográfico que ha llegado á nuestro poder, sobre los numerosos trabajos y alta significación intelectual del señor Figueroa.

Otro compañero ha engrosado las filas del periodismo nacional: Manuel Bernárdez, el prosador colorista y poeta galano, ha dado vida á la idea que acariciaba ha tiempo de fundar una publicación que reuniese en sus columnas trabajos de política, administración, milicia y literatura.

Ha aparecido *La Cruzada*, valiente, luchadora, vibrante, alta la visera y tremolando los colores de su divisa de guerra, como lo esperábamos de su título y de las reconocidas prendas intelectuales de su Director.

Lleno en su casi totalidad el primer nú-

mero de trabajos originales, presagia una propaganda eficaz en pro de las ideas que informan su programa.

Que el cruzado conquiste la Jerusalén apetecida.

Redactado por algunos jóvenes estudiantes de la Sección de preparatorios, ha visto la luz pública un nuevo órgano universitario con el título *Los Debates*, destinado á ser el defensor de los intereses del gremio estudiantil en el terreno del periodismo.

El número que hemos recibido contiene buenos trabajos en prosa y verso.

Sea bien venido.

Del ilustrado escritor que suscribe sus interesantes lucubraciones políticas con el bien conocido pseudónimo de *Byzantinus*, hemos recibido un ejemplar del opúsculo que últimamente ha editado por la casa de Dornaleche y Reyes, y en el que se coleccionan los brillantes artículos de polémica publicados por aquel compatriota en el diario *El Siglo*.

Al agradecer el obsequio, lamentamos muy de veras que la índole de nuestra REVISTA nos vede tomar en consideración el folleto de la referencia.

Ha llegado á nuestro poder el número 11 de *La Revista Ilustrada*, importante publicación caraqueña que trae excelentes grabados y variadas producciones literarias de algunos de los más distinguidos literatos venezolanos.

También ha visitado por primera vez nuestra mesa de redacción el periódico *La Quincena*, que ve la luz en Buenos Aires.

Contiene nutrido y selecto material.

El doctor don Alberto Palomeque acaba de publicar un nuevo folleto, en el que se dilucida la interesante cuestión jurídica de que instruye su título: *Causa de Contrabando* (Moura y Ferreira).

En la próxima semana indefectiblemente será dado á luz el prospecto de una nueva obra proyectada por los inteligentes jóvenes Pedro W. Bermúdez, de la Redacción de *El Negro Timoteo*, y Enrique De-María, de la de *El Fogón*.

La obra consistirá en biografías y estudios críticos referentes á los literatos, periodistas, pintores, músicos, etc., de la nueva generación.

Será esmeradamente impresa y lucirá el retrato de cada uno de los biografiados y alguno de sus artículos y poesías, si son literatos; si son pintores, copias de los principales cuadros; y partituras musicales, si compositores.

Figurará en ella todo el elemento joven, sin excepción alguna, que en las ciencias, las letras ó en las artes algo signifique.

Alentamos con nuestro aplauso á los aprovechados iniciadores de tan plausible idea.